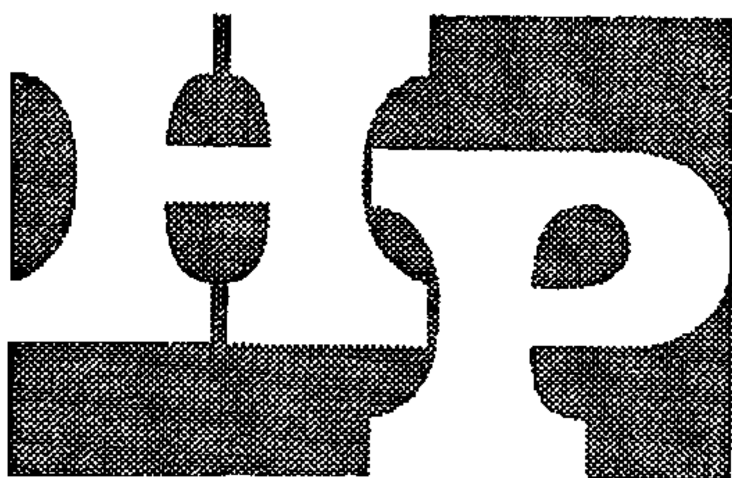



BOLSILIBROS BRUGUERA

# Keith Luger

# EL OCASO DE UN PISTOLERO





# Héroes de la PRADERA



# Keith Luger

## EL OCASO DE UN PISTOLERO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 292
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 24863-1975

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: agosto, 1975



Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

# CAPÍTULO PRIMERO

Hacía varias horas que los disparos resonaban en Valle Rocoso.

Los hombres del pistolero King Mac Carthy estaban rodeados en la cumbre de la colina pedregosa.

Cada vez que intentaban variar de posición, un reguero de balas los obligaba a regresar a sus respectivas madrigueras.

El sol era implacable porque estaba en lo más alto del cielo y calentaba las piedras como las losas de un horno.

Steve Holmes, brazo derecho de King Mac Carthy, aplastó la punta del cigarrillo contra el bloque de granito que le servía de parapeto y masculló una imprecación.

—Estamos atrapados como ratas —dijo.

Por el otro lado del bloque asomó un fulano de hocicos salientes y barba de varios días.

—Todo por culpa del viejo King.

Steve hizo fuego y apartó el cuerpo.

—No debí permitir que tomara parte en el asalto.

—Atrévete a contradecirle cuando se le mete una idea entre ceja y ceja. Steve.

—Primero nos falla el golpe al Banco de San Lorenzo. Y por si fuera poco, el *sheriff* y la mitad de los vecinos de la comarca nos siguen el rastro y nos rodean en este montón de rocas.

El fulano de los hocicos salientes lanzó un salivazo.

—Si King no hubiese tomado parte, no lo habrían herido, habríamos podido escapar a tiempo, y tal vez con la plata.

Steve lanzó una mirada a un recoveco que daba al otro lado de la colina.

—¿Qué hace Slocum?

—Maldecir y quejarse. Eso es lo que hace. Tú lo has dicho,

Steve. Nunca debimos permitir que viniera con nosotros. Cuando un tipo está viejo tiene que retirarse por muy grande que haya sido…

Tuvo que interrumpir su parrafada porque un punteo de proyectiles repiqueteó en la cresta de la losa y lo obligó a echarse al suelo.

Steve asomó el rifle por el otro lado y gatilleó furiosamente.

Luego cerró con rabia la recámara del rifle.

—Tenemos contadas las municiones.

—¿Qué hacemos, Steve?

—Habrá que pensar en un medio de escapar de la ratonera.

—Demonios, Steve. Tú tienes grandes ideas. ¡Por todos los santos! ¡Se te debe ocurrir algo para escapar!

Steve frunció el ceño.

Gruñó y aprovechó un hueco de las rocas que podía encauzar su voz en dirección abajo.

—¡Eh, *sheriff*! ¿Me puede oír?

La voz del *sheriff* de San Lorenzo sonó en tono de triunfo.

—Tú eres Steve.

—Acertó, *sheriff*.

—Eres el que tiene mejor voz de la pandilla, exceptuando al viejo King. ¿Ya ha muerto?

Steve apretó los maxilares. En aquellos momentos sólo odiaba a un ser en el mundo: al *sheriff* de San Lorenzo.

—Vive, *sheriff*.

—De acuerdo, Steve. Tirad las armas y salid con los brazos en alto.

Steve se pasó la mano por la boca.

—¿Se puede hacer un trato, *sheriff*?

Desde abajo tardaron unos segundos en responder.

—¿Qué trato, Steve?

—Nosotros le entregamos al viejo King y nos dejan escapar por el otro lado que da al río.

—La propuesta es tentadora, Steve. El viejo King vale mucho.

—Bueno, autoridad. ¿Qué responde?

—¿Está conforme el viejo King? ¿No lo estáis traicionando?

—¿Qué importa eso, autoridad? ¿Acepta o no?

De repente, sonaron unos secos estampidos que retumbaron en todo el valle.

—¡Nadie ha contado conmigo! —rugió un vozarrón que fue tan prepotente como los disparos.

Steve se revolvió y masculló una espantosa maldición.

King Mac Carthy tenía el cuerpo apoyado contra el arco de piedra, que le servía de cobijo, un rifle en la mano derecha y la izquierda sujetando un pañuelo contra la herida del pecho.

Steve corrió hacia él.

—¿Qué infiernos…? ¡No debiste intervenir, jefe!

King Mac Carthy frisaría los sesenta años, tenía el rostro atezado por el sol y era muy corpulento.

—No permitiré que me vendas como a una res, Steve.

—¿Te has vuelto loco, jefe? ¡Sólo era un truco!

—¿Sí, eh?

—¡Tenía el propósito de engañar al *sheriff*!

King Mac Carthy miró a Steve con un solo ojo cuya mirada fue muy penetrante.

—¿Estás seguro?

—¡El *sheriff* Acheson mordería el cebo! ¡Eres la mejor carnada para él!

—Tal vez. Steve. Aunque no estoy demasiado seguro de que hubiese vivido mucho rato. Me habrían linchado en San Lorenzo.

—Acheson es un *sheriff* muy duro. No lo habría permitido. Te habría encerrado en la celda de seguridad. Cuando fuera de noche los chicos y yo te habríamos sacado de la comisaría a tiro limpio.

—Ya me está pareciendo una buena idea.

—¡Entonces déjame hacer el trato, King!

King apoyó la espalda y el rifle escapó de sus manos.

Respiró dificultosamente. Humedeció el labio inferior con la lengua.

—Necesito el poco tiempo que me queda. No quiero ir a una celda.

Steve achicó los ojos.

—¿Qué estás insinuando?

—Quiero llegar a Cornel City.

Steve engulló una porción de aire.

—¿Llegar a Cornel City? ¡Tú estás loco, King!

—Prepararé una soga que cuelga sobre el lado del río. Podré descolgarme por ella, agarrarme a uno de los troncos perdidos que

pasan a cada momento y seguir el curso del río.

—Ya lo dije, King. Estás loco.

—Todavía conservo mis cinco sentidos.

—Pero la herida te hace perder el raciocinio, jefe. Nunca podrías llegar a Cornel City.

—Llegaré, Steve. Sólo tengo que descolgarme por la cuerda y el agua me llevará muy lejos.

—¿Y la herida del pecho, King?

—Aguantaré.

Steve compuso una mueca.

—Con ese balazo quizá no llegues ni a la celda de Acheson. No debes engañarte, jefe.

—Tú déjame descolgarme por la cuerda, y el resto depende de mí.

—Está bien, maldita sea —escupió Steve.

El viejo King torció la boca en una sonrisa.

—Eres un gran muchacho, Steve.

Steve gateó hacia su losa.

Sin embargo, se detuvo a medio camino y volvió la cabeza.

—¿Por qué tanto empeño en ir a Cornel City, jefe?

El viejo King rodó hacia él los ojos y jadeó un rato antes de responder.

—Nací allí.

—No me digas que tienes el capricho de morir en donde naciste.

—El *sheriff* de Cornel City es mi amigo.

—Nunca me lo dijiste, jefe.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Me gustaría saber algunas.

—¿Sí, Steve?

Steve observó con fijeza al viejo forajido. Lo único que le interesaba saber era la cantidad de botín que había acumulado King durante veinte años de correrías y dónde se hallaba.

King hizo un gesto de dolor al apretar el pañuelo contra la herida.

—¿Qué quieres saber, Steve?

Steve sacudió la cabeza.

—Nada. Lo único que me importa de veras es encontrar un medio de escape.

—La cuerda que lancé abajo. No hay otra salida. Bajaré por ella y huiré a Cornel City. —King respiró dificultosamente—. Tengo que cumplir una promesa allá.

Steve apretó los labios y sus pupilas brillaron con fuerza.

—Te sacaré de aquí, jefe.

—Siempre dije que eres un buen muchacho.

Steve se aproximó a la losa que le había servido de refugio.

Durante el breve recorrido se le ocurrieron un par de cosas que iba a poner en práctica.

Empezaría por jugársela al *sheriff* Acheson y escaparía con el viejo pistolero para sonsacarle acerca de los ahorros que debía tener escondidos en algún lugar de Cornel City.

Sabía que el viejo no duraría mucho. Por eso tenía que aprovechar el tiempo al máximo.

La voz enronquecida del *sheriff* Acheson interrumpió sus pensamientos:

—¡Steve! ¡Se acabaron las oportunidades! ¡O entregas al viejo King o mando a mis hombres que terminen con vosotros!

Steve maldijo entre dientes.

Sólo tenía a dos hombres intactos. Habían dos muertos y un herido, sin contar al viejo King.

Slocum era uno de los ilesos y se aproximó con el lomo encorvado.

—¿Qué hacemos, Steve?

Steve tuvo una sonrisa siniestra y vengativa.

—Todavía podemos palanquear las rocas como quedamos.

—¿Echar sobre el *sheriff* unas cuantas toneladas de piedras? Infiernos, entonces no tendremos escape si nos pescan.

Una voz quejumbrosa interrumpió el diálogo de los dos forajidos.

—¡Yo tengo la solución!

Steve giró la cabeza.

—¿Sí, Hugh?

—¡Estoy herido y voy a entregarme!

—Haces mal, Hugh.

Hugh era la imagen del terror.

—¡No me ahorcarán si me entrego voluntariamente, Steve! ¡Y eso es precisamente lo que voy a hacer!

Steve levantó el rifle y disparó dos veces.

La doble carga se enterró en el pecho de Hugh, quien abrió unos ojos enormes.

—¿Qué… has hecho? —exclamó ahogándose.

—Eres corpulento como King y te necesito. Hugh. Lo siento.

—¡Bastardo…! ¡Canalla!

Steve volvió a hacer fuego y el proyectil destrozó el rostro de Hugh.

—Empújalo hacia abajo, Slocum.

Slocum soltó el rifle, escupió en las manos y rodó el cadáver hacia una escotadura.

—Estás fresco si crees que el lince de Acheson va a confundir los cadáveres, Steve.

—Pero nos dará unos segundos que necesitamos mucho —replicó Steve.

A continuación, hizo bocina con las manos y exclamó:

—¡Eh, *sheriff*! ¡King ha muerto!

El *sheriff* debió llevarse una buena sorpresa porque no respondió.

Steve lanzó una carcajada.

—Un trato es un trato, *sheriff.*¡Ahí le mando el cuerpo! ¡Ahora, Slocum!

Slocum dio impulso al cadáver de Hugh.

El cuerpo comenzó a dar vueltas, treinta yardas más abajo tropezó contra un saliente, trazó una curva en el aire y salvó un buen trecho antes de volver a tocar tierra.

Después, rodó y rodó hasta llegar a las posiciones del *sheriff* Acheson.

El mismo Acheson comenzó a salir de su parapeto, pero no tuvo una premonición porque era listo como el diablo, y se echó atrás.

No obstante, media docena de labriegos reclutados aprisa para la captura de King Mac Carthy corrieron hacia el cadáver.

—¡Atrás! —rugió Acheson y su rugido arrancó muchos ecos en las paredes rocosas.

Los ecos quedaron apagados por el fragor de una catarata de piedras que bajaron por la ladera de la colina.

El pánico cundió abajo. Las piedras machacaron brazos y piernas de distintos sujetos. Pero los efectos secundarios del aluvión de piedras fueron devastadores para la táctica de Acheson. Las piedras

desalojaron a los componentes de la batida que huyeron en desbandada.

Desde arriba, Steve y Slocum contemplaron con satisfacción lo que estaba pasando. Resultó mucho mejor porque las piedras habían ido más lejos de lo que se podía suponer.

Además, el polvo fue un buen colaborador en el asunto porque ocasionó una nube que incomunicó a los dos bandos.

—Llegó la hora —dijo Steve—. ¡Huyamos de aquí!

Slocum gateó detrás de Steve y se aproximaron al arco de piedra donde tenía que hallarse King Mac Carthy.

Steve desgranó una espantosa maldición al observar el interior de la cueva. King Mac Carthy había desaparecido.

—¿Dónde demonios está?

—¡Steve! —gritó Slocum—. Consiguió descolgarse por la cuerda. ¡Debe hallarse muy lejos!

Steve apretó los maxilares con fuerza.

—Bien nos la ha jugado el viejo bastardo.

Slocum tragó saliva impresionado por la altura.

—Si él escapó también podremos hacerlo nosotros.

Steve agarró la cuerda y pasó una pierna por la esquina de la roca.

—Lo seguiré hasta el mismo infierno.

# CAPÍTULO II

La puerta de la oficina del *sheriff* de Cornel City se abrió al ser empujada desde afuera.

El *sheriff* Craig estaba repantigado en el sillón del escritorio, las botas sobre la mesa, oculto a medias por la penumbra.

—¿Quién anda ahí? —inquirió.

King Mac Carthy pasó a través del hueco que dejaba la puerta y la luz del sol iluminó durante un segundo sus facciones.

—Hola, Donald.

Donald Craig, el *sheriff*, entrecerró los ojos al reconocer al visitante. Bajó las botas del escritorio.

—King —murmuró.

—Veo que te acuerdas de mí, Donald.

—No puede ser.

—Te dijeron que había muerto, ¿eh?

—En San Lorenzo.

—El *sheriff* Acheson recibió un cadáver sin rostro. Fue un truco de uno de mis muchachos. Pero sirvió para embaucar a Acheson.

—Entiendo.

King desgranó una ronca risita:

—No parece que te alegres mucho de verme, Donald.

Donald frisaría los treinta años, era moreno, alto, de recia constitución física y ojos intensamente negros que brillaban en su rostro anguloso, de correctas facciones.

—No tardaré en ponerme a bailar.

—Infiernos. ¿Puede llamarse a esto una bienvenida?

—Nunca debiste venir a Cornel City, King.

King hizo una mueca.

—¿Qué les parece? Un viejo viene a ver lo único decente que le

queda en el mundo y le hacen este recibimiento.

—Voy a detenerte, King.

—Encima arrestado. ¿No tiene gracia?

Donald descargó una fuerte palmada en el escritorio y exclamó:

—¡Maldición! ¿Qué es lo que te propones? ¡Estás reclamado en todo el Estado de Nuevo México! ¡Jamás debiste venir!

King rió a golpes.

—Así me gusta. Sí, señor. Tienes el mismo carácter que tenía tu padre. Cierro los ojos y creo ver al viejo John pegar palmadas en la mesa y gritarme lo mismo que tú. Pero conozco bien la pasta de los Craig. Sí, señor. La conozco. Y puedo jurar que debajo de tanta cáscara dura hay un corazón con sentimientos. El pobre John decía…

—No me harás llorar, King.

—Está bien, muchacho. Sé que no te gustan los recuerdos. Lo mismo me pasaba cuando yo era joven. Ahora soy viejo y tengo tendencia a vivir en el pasado. Ah, perro mundo…

—Basta, King.

El pistolero contempló con un solo ojo al joven *sheriff*.

—¿Qué vas a hacer conmigo, muchacho?

—Ya lo dije. Quedas detenido.

King suspiró abriendo los brazos.

—No me opongo. No, señor. Representas la ley y tienes que meter entre rejas al viejo salteador. Porque eso es lo que soy, ¿sabes? Un salteador anciano. Jamás maté a nadie a sangre fría.

Donald apretó los labios.

—¡Oh!

—Hablaré primero con el juez Duam en cuanto llegue a Cornel City.

—Bravo, hijo. Sé que influirás en mi favor.

—Entretanto, tendrás que ocupar una celda. —Donald descolgó el llavero de la percha.

Al volverse vio a King que le apuntaba con el revólver.

Frunció el entrecejo.

—¿Qué es esto?

King se echó a reír sacudiendo la cabeza.

—Debo entregar las armas antes de entrar en una celda. ¿No es así, muchacho?

—Sí. —Donald respiró con fuerza.

—Nunca des la espalda a un detenido, hijo.

—Gracias por el consejo.

De repente un rifle asomó el cañón por el hueco de la puerta y una voz exclamó:

—¡Quieto, Mac Carthy! ¡Le tengo encañonado!

King dio la vuelta despaciosamente y se enfrentó con el hombre que acababa de entrar en la oficina.

—¿Quién es este tipo, Donald?

El recién llegado era un sujeto alto, facciones achatadas y barba de varios días.

—Mi ayudante —dijo Donald—. Se llama Tab Heller.

—Infierno. Al primer golpe de vista lo confundí con un asesino de la banda de Leo Carruthers. Palabra que llegó a asustarme.

—No se haga el gracioso —masculló el ayudante de Donald—. Usted estaba apuntando a mí jefe cuando le sorprendí.

Donald acabó de pasarse la mano por el rostro.

—Baja el rifle, Tab.

El ayudante se aseguró de que el revólver de Mac Carthy pasaba a manos del *sheriff*. Luego, suspiró resignado.

—Estaba seguro de que te quedarías con todo, jefe.

—¿Qué quieres decir, Tab?

—¿Sí?

Tab apuntó al viejo forajido.

—¿Sabes que dan cinco mil dólares por este pájaro?

King se echó a reír.

—No me digan que no tiene gracia, infiernos. El *sheriff* y su ayudante a punto de pelearse por la recompensa del gran Mac Carthy. Será cosa de ponerse cómodo y contemplar la escena…

—Cállate, King —dijo Donald.

—Está bien, muchacho. Sólo quería poner paz.

Tab el ayudante, compuso una mueca sarcástica.

—El que manda siempre obtiene la mejor parte.

—También debes callar tú, Tab —dijo Donald.

King sacudió la cabeza.

—Todos a cerrar el pico. Así debe ser. Quien manda, manda.

Donald sacudió el llavero y caminó hacia la celda del fondo.

En aquel momento, King Mac Carthy emitió un gemido, se dobló

por la mitad y rodó por el suelo.

Tab asió el rifle y escupió una maldición.

—¡Viejo truquista…! ¡Voy a romperle una costilla!

—Quieto, Tab.

Tab se detuvo con el rifle en alto.

—¿Es que vas a tomarlo en serio, *sheriff*? ¡Seguro que trata de hacernos una faena! ¡Voy a soltarle un sacudón que lo hará revivir…!

—Dije que quieto, Tab.

El ayudante arrojó rabiosamente el rifle.

Donald dobló la rodilla y se agazapó junto a King.

Tras una breve inspección, descubrió la herida en el pecho del viejo forajido.

Se hallaba bajo un par de pañuelos, dos trozos de periódico y un pedazo de hule deshilachado.

—Llama al doctor, Tab.

—Déjame que lo cure yo.

—Llama al doctor.

Tab apretó los puños. Sus ojos lanzaron un chisporroteo. Torció la boca en una mueca irónica y abandonó la oficina.

Donald mantuvo el pañuelo sobre el agujero de la bala para impedir la hemorragia.

El tiempo pasaba lentamente mientras el corazón de King Mac Carthy apenas era perceptible y su enronquecida respiración llenaba la oficina como la alcoba de un moribundo.

El doctor Mugs entró en la oficina después de lavarse las manos en la pileta del patio inferior.

Donald giró el sillón del escritorio para ponerse frente al médico.

—¿Cómo está?

—Muy mal.

—¿Pudo sacarle la bala?

—Habría tenido que abrirlo en canal. No fue posible.

—¿Durará mucho?

Donald sacudió la cabeza.

—Mucho serían tres días.

—Así están las cosas, ¿eh?

El doctor arrojó la toalla.

—La bala entró muy profunda, *sheriff*. No puedo asegurar que muera por la bala, porque mucha gente vive con proyectiles dentro del cuerpo. Pero apostaría a que el pulmón fue tocado en un punto donde no hay posibilidad de cicatrización.

—¿No habría forma de hacer algo por él, doctor?

—Hice todo lo posible —el doctor dejó escapar un suspiro ronco —. Si hubiese hurgado más en la herida, probablemente habría tocado el corazón y lo habría matado.

—Entiendo.

El doctor asió el maletín y fue hacia la puerta.

—Avise si se pone peor, *sheriff*.

El doctor extrajo un papel del bolsillo y, después de un titubeo, dijo:

—Está pendiente el forúnculo de Tab que le abrí hace dos semanas, el tratamiento del borracho que tuvo detenido y la herida de King Mac Carthy. Por tratarse de usted, deme diez dólares.

—No está mal. —Donald extrajo el dinero y lo pasó al doctor.

Éste carraspeó y agregó:

—No le cobro el enyesado de tobillo de la *girl* que usted me encargó hace dos semanas porque la chica andará lejos y usted no podría cobrarle a su vez.

—Gracias.

—Si me necesita, estaré trabajando en la mina Cascabel.

—¿Quiere decir que está allí sacando cobre? —Respingó Donald.

El doctor esbozó una sonrisa.

—No me entendió. Se trata de un peón que quedó atrapado en una de las galerías bajas. No hay modo de sacarlo de allí y, mientras se intenta, le estamos pasando alimentos, agua y medicación. Todo a través de un tubo.

—Infiernos.

—Sí, *sheriff*. Es algo así como si hubiese que traer una criatura al mundo.

—Suerte, doctor.

El doctor Mugs hizo un saludo con la mano y abandonó la oficina.

—Eh Donald —llamó el viejo King.

Donald saltó del sillón giratorio y acudió a la celda.

El pistolero respiraba dificultosamente, echado en el camastro,

pero todavía tuvo fuerzas para volverse y sonreír.

—Acércate, hijo.

Donald avanzó hacia la cama y percibió el fuerte olor del desinfectante para heridas.

—¿Qué vas a hacer con los cinco mil dólares? —dijo.

—Te refieres a la recompensa, ¿eh?

—No me digas que no pensabas en ello.

—No. No pensaba.

—Demonios, uno se sacrifica por los amigos y mira el pago. Tenías que dar palmadas de alegría. ¿Sabes que podría haber beneficiado a otro *sheriff* amigo que tengo en una comarca del Norte? Pero no quise hacerlo. Preferí correr más y venir a Cornel City, donde está el que quiero como a un hijo.

—A mí.

—Sí, muchacho. Tú cobrarás la recompensa. Cinco mil machacantes. Demonios del infierno. Es toda una fortuna, ¿eh? Quizá estás pensando en colgar la estrella y vivir una vida más alegre, ¿verdad? Ah, pillastre. No te lo puedo reprochar porque también fui joven. Sí, señor. Hay que vivir y pasarlo lo mejor que se pueda. Haces bien, hijo.

—Te convendría callar.

—¿Tampoco me dejarás hablar en mi celda? ¿Qué es esto? ¿Un campo de concentración confederado?

—Lo dije por tu herida.

King rió a golpes.

—Fue una broma, muchacho. Sé que en el fondo me aprecias de veras. Cuando eras pequeño me llamabas tío King. Tenías el feo vicio de tirarme piedras como garbanzos usando un canuto. Y siempre me pegabas en la oreja.

—No recuerdo el caso.

—Pajarraco… Lo mismo que entonces. Me volvía para pegarte un coscorrón, pero escamoteabas el canuto y decías que no habías sido tú. Y ponías la misma cara de palo que ahora. Parece que te estoy viendo. —Se interrumpió respirando con fuerza y quedó serio —. Tu padre, el viejo John…

—Pasa a otro tema, King.

—De acuerdo, de acuerdo, hijo. No hablaré del viejo John. Ya no hablaré.

—Y si cierras el pico, será mucho mejor para el balazo del pecho.

King observó las sombras y cuchicheó:

—Eh, muchacho. Quiero hablarte de algo más.

—¿De qué?

—De tu ayudante.

—¿Qué le pasa a Tab?

—No te fíes de él. Tiene ojos de bastardo.

Donald apretó los labios.

Fue a replicar al forajido, pero dio tres pasos laterales y asomó la cabeza a la estancia de la oficina.

Tab se echó atrás y forzó una sonrisa.

—Hola, Donald.

—¿Qué hacías ahí?

Tab sonrió con una mueca.

—Escuchando. ¿Acaso es malo?

—Es terrible para la dentadura —dijo Donald, con una mirada penetrante—. Podrías ganarte un puñetazo por ello.

—Tranquilo, Donald.

—No me gusta que nadie me espíe.

Tab echó la cabeza atrás y dibujó una sonrisa de descaro.

—Sólo vine a avisarte de una visita importante, *sheriff*.

—¿Sí?

—¿Estás dispuesto para las sorpresas?

Donald no dijo nada.

Entonces Tab se pasó la mano por la boca y agregó:

—Ahí fuera tienes al *sheriff* de San Lorenzo, Bud Acheson.

Y Tab soltó una carcajada porque el *sheriff* se había quedado de una pieza.

# CAPÍTULO III

El *sheriff* Bud Acheson era un sujeto alto, ancho de hombros, de cuarenta años de edad. Su rostro parecía haber sido cosido sobre un cráneo demasiado grande y la piel se veía muy tirante, como si fuese estrecha para tantos huesos. También tenía los ojos dilatados.

Donald apoyó el cuerpo en el marco de la entrada.

—Hola, Bud. ¿No pasas?

—Tengo prisa, Donald.

—¿Sí?

—Se lo estaba diciendo a Elmer.

Elmer era un sujeto de rostro aplastado, ojos diminutos y recio corpachón. Hacía las veces de ayudante y guardaespaldas de Acheson.

—Me decía que hemos de estar de regreso a San Lorenzo mañana a más tardar —agregó Elmer.

Donald se aclaró la garganta.

—¿Qué puedo hacer por ti, Bud?

—¡Entrégamelo ahora mismo, Donald!

Bud Acheson tuvo un fogonazo en las pupilas.

Donald alzó una ceja.

—¿Te refieres a King Mac Carthy?

—¡Demasiado lo sabes!

Donald chascó la lengua.

—Vamos, Bud. Te veo muy excitado.

—¡King Mac Carthy es mío!

—No entendí bien.

—¡Es una pieza que me pertenece! ¡Yo fui quien lo detuvo en San Lorenzo!

—Me va por la cabeza que se te escapó, Bud.

—¡Todavía no interrumpí la caza de Mac Carthy! ¡Lo que pasa es que se refugió aquí!

—Nunca refugio a pistoleros, Bud.

Bud Acheson consiguió una sonrisa de lobo a base de estirones de labios.

—¿Vas a negar que es tu amigo, Donald?

Acheson entrecerró los ojos, fijos en el *sheriff*.

—Por última vez, Donald.

—¿Sí?

—¡Devuélveme a King Mac Carthy!

Donald respiró como fatigado.

—Me temo que no va a ser posible.

—¿No, eh?

—King Mac Carthy no está en condiciones de emprender un viaje.

—La herida le permitió correr durante dos días y podrá correr durante otros dos. No cuela, Donald.

—El doctor le ha recomendado reposo absoluto.

Elmer, el ayudante de Acheson, inclinó el rostro e inquirió:

—¿Ya, jefe?

Acheson entrecerró los ojos, fijas en el *sheriff* de Cornel City.

—Todavía no, Elmer. Donald nos entregará al prisionero, ¿verdad?

—Tendré que consultarlo con la almohada, muchacho.

Acheson tuvo un chispazo de cólera en los ojos, pero mantuvo una fría sonrisa en los labios.

—Escucha, Donald.

—Soy todo oídos.

—Elmer y yo permaneceremos en Cornel City hasta que no entregues a King Mac Carthy. Nadie nos puede arrebatar al viejo King. ¿Comprendes?

—Sólo a medias, muchacho.

—Muy bien, Donald. Entonces deja volar la fantasía y trata de buscar el significado de las siguientes palabras: ¡No saldremos de Cornel City si no es con King Mac Carthy!

Donald rió abrió la boca porque Acheson y su ayudante giraron a un tiempo las espaldas y se dirigieron hacia el hotel.

Tab hizo bocina con las manos y gritó a través de la calle:

—¡Tendrán que buscarse empleo fijo!

Luego, rió sacudiendo la cabeza.

Donald dio la vuelta y dijo:

—Creí que estabas de parte de ellos. Tab.

Tab esfumó la sonrisa.

—¿Qué infiernos quieres decir, *sheriff*? Siempre estuve de parte tuya. ¡Nunca dejaría que esos tipos se llevaran al viejo King!

—Ni que me lo llevara yo, Tab.

—¿Qué?

—Querrías atártelo al cuello y conservarlo como una joya por lo que vale su cabeza. Desde que llegó no has dejado de darle vueltas.

—¡Pero, Donald…!

Donald entró en la oficina y cerró de un portazo.

Escuchó una risita divertida de Tab, pero renunció a abrir la puerta otra vez para pegarle en la boca.

En cambio soltó una exclamación entre dientes al ver renquear por el corredor al viejo King.

—¿Qué infiernos estás haciendo? —dijo Donald corriendo hacia él.

King apoyó la espalda en las losas de la pared y rugió:

—¡Jamás Acheson me atrapará vivo!

—Nadie ha dicho que caerás en sus manos.

—¡No lo conoces bien, Donald! ¡Hará lo inverosímil para llevarme con él! ¡Es un bastardo sabueso que tiene una piedra en vez de corazón! ¡Querría despellejarme con sus propias manos!

—Vuelve a la litera, King.

—Primero me cargaré a Acheson.

Donald masculló una imprecación.

—¿Qué es lo que dices, King?

—¡Déjame salir y freiré a Acheson! ¡Nunca más te amenazará!

—De modo que oíste la conversación.

King respiró a través de los dientes prietos.

—¿Crees que no se cuelan las palabras por la ventana? Estoy medio muerto, pero no estoy sordo.

—Regresa a la cama.

*Ring* asomó un revólver desde la penumbra.

—Intenta obligarme y te dejaré cojo para una temporada, muchacho.

Donald tenía los ojos convertidos en dos rendijas, fijos en el arma.

La señaló con un dedo y dijo:

—¿De dónde diablos salió el revólver?

King desgranó su ronca risita:

—Cuando oí a Acheson afuera, salí de la celda y lo agarré del armero. Luego, volví al corredor por si Acheson tenía agallas y entraba en la oficina.

—Trae el revólver, King.

—Será después de que salga a la calle y le meta una bala a Acheson justo por el agujero de la nariz.

—¡Devuélveme el arma!

King dio un paso atrás.

—¡No te acerques! ¡No lo hagas o juro que aprieto el gatillo aunque tenga que volarte la rótula!

—Extenderé la mano y me darás el arma, King.

—¡No des un paso más! ¡Maldición, me obligarás a matarte! ¡Tendré que hacerlo para darle su merecido a Acheson y…!

Los gritos de King le provocaron un acceso de tos.

De pronto, el pistolero se apretó el pecho y abrió mucho los ojos.

Quedó encorvado y el revólver resbaló de su mano. Poco a poco comenzó a doblar las rodillas y resbaló por las losas de la pared.

Donald le incorporó a pulso.

Finalmente, consiguió, tras muchos forcejeos, introducir al pistolero en la celda. Lo apoyó contra la litera y con la otra mano atrapó las milagrosas píldoras del doctor Mugs que lo mismo las recetaba para el resfriado de nariz que para los ataques de corazón.

Donald hizo tragar dos píldoras a King, que las engulló medio inconsciente.

A continuación, lo agarró por las piernas para tenderlo en la litera y así, por partes, logró colocar el pesado corpachón de King en posición horizontal.

Cuando se incorporó jadeando, decidió que desde aquel instante, dejaría encerrado con llave al pistolero.

Pasó a la oficina y se detuvo en seco al ver a un inesperado sujeto rubio, de aspecto risueño.

—¿A quién pidió permiso para entrar, Toland?

El rubio Toland guiñó un ojo.

—No pude hacerlo porque estaba usted muy ocupado con el viejo.

—¿Qué quiere, Toland?

—Usted y yo vamos a hablar de negocios.

—¿De veras? No me dedico a la trata de blancas.

Toland rió con ganas.

—Lo bueno de usted, *sheriff*, es que uno espera respuesta áspera y, de pronto, le escupe un chiste.

—Ahueque, amigo.

—Eh, ¿acaso no tenemos todos nuestros ratos de malhumor? Para eso están los amigos. Para ayudarse unos a otros. Usted y yo nos ayudaremos mutuamente.

—¿Cómo, Toland?

—Soy abogado.

—Usted me enseñó un documento donde decía que se graduó en Dallas. Pero todavía estoy examinando las tintas de productos químicos, porque tengo la esperanza de que sea falso.

Toland abrió la boca y rió de modo atronador.

—¡Canastos, *sheriff*! ¿Cómo se le ocurren réplicas tan buenas?

—A base de trato con gentuza.

Toland rió más y más y consiguió calmarse a duras penas.

—El asunto está relacionado con King Mac Carthy.

—No hacía falta decirlo, porque lo olía hace rato.

—Tiene fama de avispado, *sheriff*. ¿Qué le parece si me encargo del caso Mac Carthy?

—Usted quiere defenderlo, ¿eh?

Toland tosió.

—Soy un buen abogado.

—¿Qué hace? ¿Droga al jurado, Toland?

—Infiernos. ¿No podremos hablar en serio?

—Desde luego, abogado. —Donald señaló la puerta—. Lárguese de una vez…

—¡*Pero, sheriff*…!

—No se lo diré dos veces.

Toland se pasó una mano por el rostro, como fatigado.

—De acuerdo, *sheriff*. Hasta la vista. Pero perderá la mitad del botín.

Donald quedó silencioso hasta que Toland llegó a la puerta.

—¿Qué botín?

Toland dio la vuelta, riendo en tono menor.

—Sabía que picaría, autoridad.

—¿Sí, eh?

Toland avanzó de puntillas, fingiendo mucho misterio, y susurró al oído del *sheriff*:

—¿Nunca oyó hablar del botín de King Mac Carthy?

—No. Y no se me acerque tanto, porque tiene el aliento ácido.

Toland gruñó cejijunto:

—Se dice que Mac Carthy enterró en las afueras de esta ciudad un buen pellizco de lo que ahorró en sus correrías de muchos años.

—¿Lo contaba su abuela, Toland?

—Créame, autoridad. Si entré a darle la lata no fue con más objeto que encauzar la conversación sobre el botín de King Mac Carthy.

—Baje la voz que el viejo oye el vuelo de las moscas, abogado.

Toland cuchicheó:

—El viejo tiene un botín fabuloso en algún rincón de Cornel City.

—Siga, abogado.

—El plan es el siguiente. Usted le sonsaca acerca del tesoro. Le promete que tendrá un juicio en forma de mascarada y que saldrá libre. Luego, él y usted compartirán el almacén de dólares enterrados. Pero la realidad será muy distinta, *sheriff*.

—¿Sí?

—Usted y yo hallaremos el botín y conseguiremos una sentencia a la horca para el viejo King. ¿Soy ingenioso o no, *sheriff*?

—¿Mucho?, abogado. Y voy a darle su premio.

Toland dio un paso atrás.

—¡Eh! No me gusta su expresión, *sheriff*.

Donald disparó la derecha y el impacto restalló en el mentón del rubio.

A consecuencia del golpe, Toland salió como empujado por una carga de pólvora, tropezó con un saliente del suelo y, a partir de aquel instante, rodó como una pelota y fue a detenerse muy lejos. Justo en el centro de la calzada.

Quedó sentado, dándose masaje en el maxilar.

—¡Canastos, autoridad! ¡Vaya modo de firmar un pacto!

Mientras se frotaba el mentón, una sonrisa de blancos dientes afloró a sus labios y agregó:

—Volveré a por la respuesta definitiva, *sheriff*.

Donald fue a cerrar de un portazo.

Una voz femenina interrumpió la acción.

—¿Acostumbra a cerrar la puerta en las narices de las damas, *sheriff*?

Donald pestañeó un par de veces para desempañar las pupilas y contemplar mejor a la mujer.

Era una muchacha de unos veintidós años, morena, de ojos muy negros y rostro de óvalo perfecto.

Vestía a la usanza de los tramperos, pero evidentemente el traje pertenecía a un enano porque le quedaba estrecho y ponía de manifiesto unas bonitas curvas.

—¿Quién es usted, preciosa?

La chica sonrió sacudiendo un poco el polvo del mucho que cubría su indumentaria.

—Patty Haynes. ¿Puedo pasar?

Donald se hizo a un lado.

—¿Cuál es el problema?

Patty Haynes observaba los rincones de la oficina con cierta curiosidad.

Cuando sus ojos tropezaron con el corto corredor que daba a las celdas, pareció tomar nota mentalmente.

Donald carraspeó.

—¿Dijo algo, Patty?

Ella volvió en sí sonriendo como los ángeles…

—Oh, no sé si debo molestarle, *sheriff*…

—Veamos.

Patty ladeó la cabeza y un bucle del cabello cayó a un lado de su lindo rostro, componiendo una figura que no estaba nada mal.

—Perdí un medallón, *sheriff*.

—¿En esta oficina? Es curioso.

Ella sacudió la melenita, negra como el azabache.

—No me ha entendido, *sheriff*. El medallón lo perdí esta mañana. Fue al dirigirme al almacén general para comprar un cepo de ocho dientes.

—¿Preguntó en el almacén?

—Pensé que si alguien lo encontró y quería devolverlo, optaría por entregarlo en la oficina del *sheriff*. ¿No suele hacerse así?

—Más o menos. Depende del medallón. Si es de oro…

—No era de oro. Pero tenía mucho valor para mí,*sheriff*.

—Si es de latón, conseguiremos hallarlo. Pero si valía mucho, despídase de él.

—El valor era puramente sentimental —los ojos de Patty se clavaron en el llavero que colgaba de la percha—. Perteneció a mí madre.

—Ya —dijo Donald gravemente—. Indagaré entre los vecinos, Patty.

Ella sonrió con dientes como perlas.

—Es usted un sol, autoridad.

—No puedo remediarlo.

—Y si me recupera el medallón, le daré un beso como premio. —Patty apoyó el dedo en la comisura de los labios del *sheriff*—. Justamente ahí.

—En este pueblo se acostumbra a dar anticipos…

—Tonto —rió Patty, y salió corriendo de la oficina—. ¡Me encontrará en la cantina si tiene noticias del medallón!

Donald llegó a la puerta para acompañar a Patty con la mirada.

—No está mal, ¿eh, Donald? —dijo la bronca voz de Tab, el ayudante.

Donald lo vio aparecer por detrás de unos sacos amontonados en la acera.

—Resulta curioso que siempre te encuentre en el lugar más inesperado, Tab.

—Un buen ayudante debe cuidarse de la retaguardia.

—¿Qué significado tiene eso, Tab?

Tab se pasó un dedo varias veces por debajo de la nariz.

—No sería extraño que alguien intentara llevarse a King Mac Carthy por la fuerza. ¿No crees, Donald?

—Tal vez.

—Mientras yo esté ojo avizor, nadie realizará la hazaña.

—Tienes mucho interés en el viejo, ¿eh?

—Estuve a punto de cazarlo antes de que se entregara a ti. Lo seguí en la calle Mayor. Yo habría cobrado los cinco mil de la recompensa. Así tendré que conformarme con el diez por ciento que

corresponde a un ayudante.

—Eres un calculador, Tab.

Tab se echó a reír, con una risa bastante falsa.

—Aunque tendrás que darme la mitad si quieres que colabore contigo para impedir que cierta gentuza se lleve al viejo. Por ejemplo, tres jinetes a caballo con aspecto de forajidos que pasaron cerca de esta ciudad.

—Ya sospechaba que tenías un as en la manga, Tab.

—Los tres tipos hicieron preguntas al herrero del camino. Parece que están interesados en saber los que somos en la oficina para defender la ley.

—Comprendo.

—Ya sabes. Quieren asegurarse antes de dar el golpe.

—Gracias por el aviso, Tab.

—Y por el cincuenta por ciento —sonrió el ayudante.

Donald le dedicó una mirada ceñuda y dejó a Tab en la calle, entrando en la oficina.

La voz del viejo King resonó angustiosa desde las celdas.

—¡Me muero, Donald! ¡Adiós, *sheriff*! ¡Me estoy muriendo!

# CAPÍTULO IV

Donald entró como un huracán en la celda.

En la penumbra vio el bulto de la litera y alargó una mano.

Nunca llegó a tocar el embozo.

De repente, algo muy duro chocó en la parte posterior de su cráneo.

Alcanzó a comprender que le acababan de pegar con la banqueta, porque las tres patas rebotaron en las paredes después de desprenderse en el impacto.

Le volvieron a sacudir y, tras un relámpago cegador, de dolor, se derrumbó en las losas de la celda.

King Mac Carthy avanzó hacia el muchacho y chascó la lengua.

—Soy un tramposo, infiernos. Pero sabrás perdonarme.

Donald no pudo replicarle, porque estaba inconsciente.

King gimió al inclinarse para arrebatar el revólver de la funda del joven *sheriff*. La herida le abrasaba como un diablo.

Cuando tuvo el «Colt» en la mano, lo sopesó y sus labios dibujaron una sonrisa. Lo incrustó en su cinto.

Después, dio la vuelta y renqueó hacia el corredor.

Al pasar frente a la ventana, emitió un gruñido porque adivinó que el bastardo Tab, el ayudante de los ojos juntos, no estaría demasiado lejos.

Encaminó los pasos dificultosamente hacia la salida que daba al patio.

Un perro comenzó a ladrar cuando King asomó el cuerpo al patio, pero pronto acalló sus ladridos, porque el forajido imitó el gemido de una perra cariñosa.

Luego, King, rió entre diente y escogió la ventana de un viejo almacén donde se oía roer a los ratones.

Maldijo a más y mejor porque la tarea de colarse por la ventana le producía tremendos dolores en el pecho.

Finalmente, cayó dentro del almacén, la mirada enturbiada por los alfilerazos del dolor, casi al borde del desmayo.

Descansó boca arriba y se felicitó por la marcha de la huida.

Súbitamente notó que el corazón se le paralizaba.

No era a causa de la herida.

Se debía a que, en la penumbra del almacén acababan de aparecer dos cañones muy bruñidos de revólver.

King masculló una imprecación y su mano voló al arma sujeta en el cinturón.

—¡Quieto o te abraso, King! —exclamó una voz sibilante.

King trató de apuntar al centro de los dos revólveres que asomaban en la penumbra a pesar de la amenaza.

Entonces, el propietario de uno de los «Colt», levantó el cañón y lo dejó caer sobre el dorso de la mano del viejo pistolero.

—¡Bastardo! —gritó King y se lamió la mano maldiciendo.

Una segunda voz en tono profundo intervino:

—Baja la voz, King. Venimos a ayudarte.

King trató de taladrar la penumbra, entornando los ojos.

—¿Quiénes sois?

—Adivínalo, King.

—Por un momento creí que se trataba del *sheriff* que me había seguido por el otro lado.

En la penumbra aparecieron dos rostros muy dispares.

Uno era largo, huesudo, luciendo en lo alto dos trozos de carbón mojado que en realidad eran las pupilas.

El otro era cuadrado, anguloso, de nariz aguileña y ojos muy verdes que respondía por Al Martin.

—Supuse que era ese bastardo de *sheriff*.

Al Martin torció la cara.

—Ya ves que no, King. Somos dos amigos.

King abrió la boca cuanto pudo y emitió una risotada.

—¡Al y Long! ¡Demonios del infierno! ¡Mis dos viejos amigos! ¡Dos tipos de los buenos! ¡Me alegro de veros, hijos!

—Nosotros también nos alegramos mucho, King —dijo Al—. ¿Verdad, Long?

El esquelético Long formaba un canuto con los labios y por el

agujero resolló:

—Seguro.

—Hacía años que no nos habíamos visto, King.

—Sí, Al. Lo menos dos años.

—Allá en Yuma. Cuando asaltaste el Banco y luego nos endosaste el muerto. El *sheriff* nos tuvo entre rejas.

—¿Quién se acuerda de eso, Al? —King rió, aunque la herida le apuñalaba de un modo cruel.

—Eso decíamos nosotros, King. ¿Quién se acuerda?

—Venga la mano, hijos. Levantad a un pobre viejo que está más allá que aquí.

Los dos individuos enfundaron las armas para poner en pie a King Mac Carthy.

Era lo que éste esperaba desde hacía un buen rato.

Atrapó, el revólver de Donald de entre la paja y lo levantó, el dedo sobre el gatillo.

Long Skelton disparó la mano abierta como un cuchillo y golpeó el cuello del viejo pistolero.

King quedó rígido. Abrió la mano armada y dejó caer el «Colt». Tenía los ojos dilatados. Pero no sentía nada. Se venció de lado.

—¡Si lo has matado, juro que te vuelo la cabeza, puerco! —musitó Al.

—¡Eh! —protestó Long Skelton—. ¿De qué te quejas? Sólo le di un poco. Se desmayó porque la herida le ha rebajado las energías y está que se cae. Yo sé cómo pegar, demonios. Lo aprendí de un chino.

Al apretó los maxilares.

—Vamos a cargarlo y luego pondremos en práctica el plan del callejón. Hay que llevarlo lejos.

Long se escupió en las manos, dispuesto para el trabajo.

—Allá va él.

Como King parecía retornar, Long le sacudió otro cuchillazo de la mano abierta y lo dejó totalmente inconsciente.

Luego, los dos hombres emprendieron la tarea de cargar con King Mac Carthy, el viejo pistolero que tenía un botín escondido.

* * *

Donald estaba de rodillas y meneaba la cabeza, pero a cada

movimiento, tenía la sensación de que le habían desprendido el cerebro.

Levantó el rostro y lanzó un respingo, porque King Mac Carthy había desaparecido.

Se lanzó hacia la salida de la celda y perdió el pie un par de veces.

—¡Tab! —gritó.

El ayudante llegó, pero demasiado tarde, porque ya Donald abría la puerta de la calle a punto de arrancarla de cuajo.

Tab abrió los ojos al ver el aspecto del *sheriff*.

—¡Infiernos! ¿Qué ha pasado?

—El viejo —dijo—. Se largó.

—¡No es posible!

Donald señaló con el pulgar el interior.

Tab entró como un ciclón. No tardó en salir más aprisa de lo que había entrado.

—¿Cómo lo hizo? —exclamó estupefacto.

—Empezó con una baqueta y el viejo truco de la litera llena con el almohadón.

—¿Quién podía imaginar que tendría fuerzas para llevarlo a la práctica?

—Lo mismo me pregunto yo.

Tab boqueó un instante y de repente salió disparado de la oficina, al comprender que el viejo estaría danzando por el patio inferior.

Donald echó a andar por la acera en busca de un trago de *whisky* para calmar los martillazos del pulso que sentía en el cráneo.

Al entrar en la cantina, dio un traspiés y tuvo que sostenerse en uno de los batientes.

Elmer, el ayudante del *sheriff* Acheson de San Lorenzo, dio un codazo a su jefe.

—Eh, jefe. ¿Estás viendo lo mismo que yo? Donald Craig empinó el codo antes de cobrar los cinco mil.

Donald jadeó y señaló a Elmer como si fuera un objeto mientras se dirigía a Bud Acheson.

—Si no se calla tu gorila, lo desmayaré de un culatazo, Bud.

El *sheriff* de San Lorenzo estiró la piel de los labios.

—¿Qué has comido, Donald?

—No estoy de buen humor.

—Te da trabajo el viejo King, ¿eh?

—Demasiado.

El *sheriff* de San Lorenzo apuró el vaso de licor y se limpió los labios con la manga.

—¿Por qué no me lo entregas y acabarán tus problemas, muchacho?

—Todavía no han empezado, Bud.

—Has dicho bien, Donald. Pronto tendrás quebraderos de cabeza por culpa del viejo King. Cuando me la pegaron en San Lorenzo, no fue solo King el que huyó. También escaparon con él dos tipos de la piel de Barrabás. Steve Holmes y Slocum Ashering. ¿Oíste hablar de ellos?

—Sí.

—Pues no tardarán en venir a Cornel City para librar a su jefe de la celda.

—Los esperaré.

—Oh, sí. Podrás con todos ellos. ¿Crees eso?

—Me pagan para alejar a la gentuza que trata de introducirse en la ciudad.

—Pero no tendrás bastantes manos, Donald. También vendrán rivales de King Mac Carthy para sacártelo de los dedos. Tú conoces la razón tan bien como yo.

—El botín.

—Sí, Donald. El botín de King Mac Carthy. Nunca acabé de creerlo. Pero hay quien dice que el viejo King se aproximaba de cuando en cuando cargado con una parte del producto de sus robos y lo acumulaba en un lugar secreto no lejos de Cornel City, Ahí tienes un buen motivo para que la ciudad se te llene de forajidos. Bueno, Donald. No podré echarte una mano porque no tengo aquí ninguna autoridad. ¿Verdad? ¿O tal vez prefieres dármela?

—No, Bud. Estás fuera de tu jurisdicción.

—Podríamos llegar a un acuerdo.

—No hay acuerdo, Bud.

Tab entró muy aprisa y dijo:

—¡Se evaporó, jefe…!

Donald le dio una patada en el tobillo para silenciarlo.

Pero Acheson había captado el significado de las palabras de

Tab y emitió un rugido.

—¡Condenado me vea! ¡King Mac Carthy se les ha escapado y Donald nos daba cuerda para que no lo haláramos nosotros! ¡Vamos, Elmer! ¡Aprisa!

—Un momento, Bud. —Donald dio un paso.

—Anda. —Acheson mostró sus dientes—. Atrévete a impedir que salga de aquí.

—Si tocas al viejo King, juro que nos veremos lascaras.

Los dos *sheriffs* se miraron retadoramente.

Acheson apartó los labios de un estirón.

—Será para quien lo encuentre primero, Donald. Y si lo hallo yo no se me escapará.

Tab se interpuso en el camino de Acheson y su ayudante.

Donald respiró con fuerza.

—Déjalos marchar, Tab.

—¡King es nuestro, Donald! —protestó Tab.

—Dije que te apartaras.

Tab apretó los labios y franqueó el paso a las autoridades de San Lorenzo.

Donald apuró el vaso que le habían servido y observó los batientes por donde acababan de salir Acheson y Elmer.

—Vamos, Tab. No quiero que nos ganen por la mano.

—Por la forma en que King ha desaparecido, será como buscar una aguja en un pajar —rezongó Tab.

—¿Es que van a encargarse los dos de buscar mi medallón? —preguntó Patty Hayes saltando los últimos peldaños de la escalera.

Donald hizo un gesto de impaciencia.

Se desplazó hacia la muchacha y aquel movimiento le salvó la vida.

Los batientes se abrieron sin previo aviso y dos tipos irrumpieron soltando plomo.

Las balas silbaban entre Donald y Tab, Patty gritó muy fuerte.

Donald y Tab abrieron fuego sin desenfundar, como accionados por un mismo mecanismo.

Los agresores continuaron entrando, pero fue a trompicones, porque ya estaban muertos.

Ambos a la par se derrumbaron a los pies del *sheriff* y su ayudante.

Tab observó el rostro de uno y volteó al otro para identificarlo. Levantó el ala del sombrero con el cañón humeante y dejó escapar un silbido.

—Jefe, tenía razón nuestro colega. Ya empiezan a llegar los forajidos.

—Sí, Tab.

—Y tal como aseguró Acheson nos van a faltar manos para contenerlos.

Patty lanzó un chillido al reaccionar ante los cadáveres y corrió escaleras arriba.

Luego, Donald y Tab saltaron por sobre los muertos y fueron en busca del escurridizo King Mac Carthy.

# CAPÍTULO V

El huesudo Long Skelton entró en la cabaña empuñando un hierro con la punta al rojo vivo.

—¿Qué te parece, Al? ¿Hablará con esto?

Al Martin acarició la quebradura de su ganchuda nariz.

—Hasta un mudo lo haría, ¿eh, King?

King Mac Carthy se hallaba tendido encima de una mesa, los pies desnudos colgando y la cabeza apoyada en la otra esquina.

—¡Bastardos! ¡Os desollaré vivos!

Long y Al lo contemplaron con atención.

—Vaya con el vejete —dijo Long.

—Acércale el hierro.

—Sólo le tocaré el dedo gordo y verás cómo canta.

King hizo esfuerzos para levantar la cabeza.

—Eh, un momento…

—Se acabaron tus oportunidades, King —dijo Al—. Sigue, Long.

—¡Hablaré!

Al titubeó. Cabeceó un par de veces.

—De acuerdo. Pero primero recibirás un asado de la planta del pie. Por mentiroso.

—¡No, muchachos! ¡Esta vez diré la verdad!

—¿Como lo hiciste antes, King? El pobre Long estuvo cavando media hora en aquel nido de lagartos al otro lado de la montaña. Sudó lo suyo y luego resultó que nos habías tomado el pelo. No, King. Ahora te daremos una muestra de lo que es un hierro calentito. Ya verás lo bien que cantas.

King se humedeció los resecos labios.

Vio acercarse el hierro candente a su pie derecho.

Encogió la pierna lo que pudo, pero el hierro siguió su avance,

siempre empuñado por el desequilibrado Long Skelton, que parecía pasarlo en grande.

De repente, King alargó la encogida pierna y cazó a Long en el abdomen.

El hierro escapó de las manos del pistolero y rebotó en la mesa saltando hacia Al.

Al gritó cuando el hierro le envió una oleada de calor al rostro.

Pero quien acabó por quemarse fue el mismo Long, que recibió el hierro en la rodilla.

Lanzó un alarido y, loco de dolor, saltó hacia King y lo atrapó por el vendaje del pecho.

—¡Puerco…! ¡Me las vas a pagar!

Al saltó a tiempo de impedir que Long arrancara el vendaje de Mac Carthy.

Descargó un revés en el rostro del huesudo y lo envió al otro extremo de la cabaña.

—¿Te has vuelto loco? —gritó.

—¡Me abrasé por tu culpa!

—Te estuvo bien empleado, Long. Siempre serás un estúpido.

—¡Quiero darle su merecido! ¡No va a reírse de mí!

King presenciaba la discusión de los dos forajidos con una chispa divertida en sus pupilas.

—Está resentido porque no accedí a darle el soplo a él solo.

Al dio la vuelta.

—¿Qué quieres decir, King?

King respiró con fuerza.

—Cuando estabas dando de beber a los caballos, Long entró como una sombra y me hizo una proposición.

—¡No lo escuches, Al! —gritó Long.

—Déjalo que hable. Vinimos aquí para que hablara.

King rió cachazudamente.

—No quiere que lo diga todo porque le ajustarías las cuentas, Al. Él quería que yo le dijera el escondite de mis ahorros para largarse él solito con todo.

—¡No es cierto, Al! —chilló Long.

Al frunció el entrecejo.

—La verdad es que os sorprendí cuchicheando, muchachos.

—¿Lo ves? —Golpeó King en caliente—. Te quería traicionar.

Al tuvo un brillo extraño en las pupilas.

—¿Sí, eh?

—¡No es cierto, Al! ¡Quiere enemistarnos!

—Siempre sospeché que eras un traidor, Long.

—¡Estás equivocado!

—No, Long. El viejo dice la verdad.

—¡Miente como un diablo!

De repente, Al giró y su mano produjo un fogonazo y un estampido.

La bala se enterró en el pecho de Long quien abrió mucho los ojos.

—¿Qué has hecho, Al?

—Darte tu merecido por puerco.

—¡Me has matado, Al! —gritó Long cayendo al suelo—. Todavía no, Long. Pero ya llegó tu hora.

Al gatilleó dos veces, más y el cuerpo de Long saltó otras tantas en el suelo, quedando quieto definitivamente. King gimió al incorporarse en la mesa.

—Bien hecho, hijo. Quítame esta cuerda.

Al rechinó los dientes.

—Espera, King. Ahora te toca a ti.

—Eh, ¿qué estás pensando?

Al entrecerró los ojos. Ladeó la cabeza contemplando al viejo pistolero.

Enfundó el revólver y, a continuación, extrajo un pequeño cuchillo.

—Te voy a hacer más grande el agujero de la herida. —¿Qué?—. King torció las facciones.

—Ya veo que te va a gustar, King. Vaya que sí.

—Eh, no hemos llegado a un acuerdo, muchacho. Ten calma.

Al dejó escapar una fea risa.

—No, abuelo. Ahora agrandaré el agujero y luego estarás en disposición de no mentir porque sabrás lo que duele.

King desvió la mirada hacia la entrada de la cabaña y dijo:

—Primero tendrías que cargarte al *sheriff* Craig que te está apuntando, hijo.

Al se carcajeó.

—No me engañarás más. Voy a recordar los tiempos en que

trabajé en una carnicería cuando era chico.

—King no le miente, amigo —dijo la voz de Donald Craig desde la puerta.

Al se revolvió y lanzó un cuchillo.

Fue al mismo tiempo que sonó un tremendo estampido.

El cuchillo se clavó a una pulgada de la oreja de Donald.

Pero el proyectil de éste partió en dos el esternón del forajido y lo impulsó hacia atrás.

Al miró con los ojos muy abiertos al *sheriff* Craig y de repente torció la cabeza y quedó inmóvil en el rincón.

Donald aprovechó el cuchillo del muerto. Lo desclavó y cortó las ligaduras de King Mac Carthy.

Éste hurtó la mirada de Donald, como azorado.

—Eh, muchacho. Yo te explicaré…

—Andando, King. Lo haremos en mi oficina.

—No debes enfadarte conmigo, Donald. Todo está justificado.

Donald apretó los labios con fuerza y pasó el brazo por el tronco del viejo pistolero.

Lo llevó a rastras hacia la puerta y no llegó demasiado lejos.

King Mac Carthy se derrumbó como un fardo.

Donald acudió con presteza y se arrodilló junto a él.

Apoyó la oreja en el pecho de King y comprobó que el corazón seguía latiendo.

Y se dijo que jamás había visto a un tipo más fuerte que aquel pistolero que había llegado a su ocaso.

* * *

El doctor Mugs arrojó el aparato de auscultación dentro del maletín negro.

—Si no lo veo no lo creo, *sheriff*.

—¿El qué?

Mugs señaló hacia las celdas.

—Debería estar muerto. Y sin embargo, ahí lo tiene, respirando todavía.

—¿Cree que hay alguna posibilidad de cura, doctor?

—¿Con una bala cerca del corazón y un pulmón atrasado? No, *sheriff*. Está viviendo de prestado.

—Entiendo.

—Continúe dándole las píldoras cada media hora.

Donald se rascó detrás de la oreja.

—¿Qué ocurrió con el peón de la mina?

El doctor compuso una mueca de cansancio.

—Ya le dije que el caso parece un parto. Estoy todo el día en vilo para traer al peón al mundo. Los demás trabajan hora tras hora para sacar al tipo del agujero, pero tiene encima varias toneladas de tierra y pedruscos. Gracias al tubo que nos pone en comunicación con el hombrecito, podemos enviarle alimento y una que otra de mis píldoras.

Donald sacudió la cabeza.

—Espero que todo salga bien, doctor.

—Sólo Dios lo sabe —suspiró el doctor Mugs y atravesó la puerta perdiéndose en la calle.

La voz de Mac Carthy resonó quejumbrosa:

—¡Donald! ¡Hijo mío!

Donald cerró la puerta y se encaminó hacia las celdas.

El viejo King respiraba entrecortadamente.

—Acércate, muchacho.

—¿Estás seguro de que no me la quieres jugar?

King mostró los dientes en una amplia sonrisa.

—Soy un viejo bastardo. Debo reconocerlo.

—No hay nada como conocerse a sí mismo.

King acabó por reír, intercalando gemidos.

—Ahora es cuando reconozco que no puedo hacer nada sin ti, Donald.

—¿De veras?

—Pretendí ir en busca de mi tesoro y no hice más que meter la pata.

—Ya salió el tesoro.

—Alguna vez tenía que hablar de ello, hijo mío.

—¿Dónde está?

King giró el cuerpo emitiendo lamentos de dolor.

—Aunque no lo creas, quise recuperarlo para volver aquí y ponerlo a tus pies.

—Ya.

—Tienes que creerme, muchacho. Nadie más que yo puede encontrar el escondrijo. Si te hubiese propuesto que me dejaras ir al

lugar, tú no me habrías dejado porque crees que me encuentro muy mal.

—No tardarás en encontrarte bien, King.

—¿Crees que puedes engañarme, muchacho? El viajecito con Al y Long me ha demostrado que soy un viejo cacharro.

—¿Cómo consiguieron sacarte delante de nuestras narices?

—Los dos esperaban en un viejo almacén del otro lado del patio. Aguardaban la oportunidad de que tú y Tab estuvieseis distraídos para entrar a por mí. Pero mira por dónde, yo mismo fui a meterme en la boca del lobo. Luego, me sacaron en un carromato que tenían aprestado en el callejón y me llevaron a la cabaña de las afueras.

—¿Y el botín?

King maldijo por un alfilerazo de la herida y agregó:

—Aproveché el interés de Al y Long para hallarlo en un primer intento. Long cavó un agujero, pero no lo hallamos por un error de cálculo.

Donald dio un respingo.

—¿Quieres decir que no sabes dónde enterraste el dinero?

King empezó a rascarse la oreja.

—Los tipos de la mina de cobre han acumulado escorias en aquel lugar y resulta difícil poder localizar el baúl.

Donald tensó todos los músculos.

—¿Has dicho «baúl»? —exclamó—. ¿Cuánto hay?

King se humedeció los labios con la lengua.

—Hay mucha moneda de a dólar. No vayas a creer en algo fabuloso.

—¿Cuánto?

King arrugó los labios.

—Unos setenta y tantos mil dólares. No recuerdo el pico.

—Infiernos.

King rió broncamente.

—¿Te has quedado de una pieza, muchacho?

—¿Quieres decir que hay más de setenta mil dólares en un agujero que no recuerdas?

—Te aseguro que daré muy pronto con la solución.

Donald cerró los ojos.

Pasó la mano por el rostro y volvió a mirar a Mac Carthy.

—Tienes que recordarlo, King.

—¿Crees que no le estoy dando vueltas y vueltas a la cabeza, *sheriff*?

Donald dejó perder la mirada por la celda.

—Ahora comprendo lo que dijo Acheson.

—No me nombres a ese sabueso bastardo —gruñó King.

—Dijo que la ciudad se llenaría de pistoleros. ¿Quién más conoce la existencia del baúl?

—Sólo mi brazo derecho, Steve Holmes. Se me escapó una noche que yo había empinado el codo y hablé como una cotorra. Steve era un gran muchacho. ¿Sabes? Un tipo muy completo. Pero desde que abrí el pico, su mirada ha sido distinta. En San Lorenzo comprendí que el botín era su obsesión, porque hizo milagros para sacarme de la trampa de Acheson.

—¿Dónde está Steve?

King sacudió la cabeza.

—Será el último en asomar el hocico. Sí, Donald. Esperará a que la situación madure en esta ciudad, cuando tú hayas zanjado a Acheson y a los tipos como Long y Al. Luego, él saldrá como una víbora y dará su picotazo para quedarse con el baúl. Es de los que espera el final de la partida para jugar su baza.

Donald cabeceó en silencio.

King suspiró y agregó:

—Ya te lo he contado todo, muchacho.

Donald asintió.

—Desde ahora vas a hacer lo que te diga, King, ¿me oyes?

—Juro que te obedeceré, *sheriff*.

—Sólo tienes que prometerme portarte bien en la celda. Nada de escapar, o sabrás quién soy yo.

—Sé quién eres. Un gran muchacho.

—Abandona la farsa, King. Quiero que continúes en reposo. Desecha la idea de vagar por tu cuenta y piensa en qué lugar puede estar el botín.

—Lo juro, hijo —dijo King poniendo una mano solemnemente en el pecho.

Donald lo observó tratando de averiguar si estaba hablando en serio.

Finalmente, renunció a averiguar lo que se cocía en el cerebro de King y decidió que redoblaría la guardia.

Salió del corredor y una sombra de la oficina empezó a desplazarse hacia el centro.

Donald extrajo el revólver en un pestañeo y apuntó al hombre escondido que resultó ser su ayudante Tab.

Tab sonrió mirando el «Colt» de Donald.

—Eh, tienes los nervios de punta.

—¿Qué hacías ahí escondido, Tab?

Tab señaló la ventana.

Estaba observando a tres tipos que no me gustaron nada, Donald. Así que decidí esconderme detrás de los visillos para estudiarlos mejor.

Donald no dijo nada y tiró del pomo de la puerta.

—No pierdas de vista al detenido, Tab —dijo ya fuera de la oficina.

Lanzó una ojeada a lo largo de la calle y no vio a ningún trío sospechoso, por lo que dedujo que Tab le había colado un cuento.

Sin embargo, no quiso hacer averiguaciones porque recordó que llevaba muchas horas sin probar bocado y se dirigió hacia la cantina.

Como ya estaba lejos la hora de la comida, la cantina tenía sólo cinco clientes.

Dos de ellos eran el *sheriff* de San Lorenzo Bud Acheson y su ayudante Elmer, sentados en una mesa de a dos.

Los otros tres sujetos tenían aspecto de vaqueros y se incorporaron a una.

El más alto apuntó a Donald con un dedo y dijo:

—*Sheriff* Craig, vamos a romperle la cabeza.

# CAPÍTULO VI

Donald observó a los tres fulanos que avanzaban hacia él.

Desvió la mirada hacia Bud Acheson, que masticaba complacido su ración de patatas con carne.

—¿Es esto cosa tuya, Bud?

Bud engulló el bocado y giró la cabeza.

—¿Decías algo, Donald?

—¿Quiénes son los pájaros?

El alto de los vaqueros se detuvo muy cerca de Donald.

—Yo se lo diré, autoridad. Mi nombre es Oscar. Y los chicos son Leo y Daniel.

—Tengo prohibida la mendicidad en Cornel City, muchachos —dijo Donald.

Oscar ladeó la cabeza.

—Muy gracioso, *sheriff*. Pero debo aclarar que los chicos y yo no somos mendigos. Pertenecemos al rancho Eleonora del Valle de San Lorenzo.

—Ya.

—Casualmente, pasamos por aquí para ir a comprar reses a Rocas Negras y nos hemos encontrado con nuestro *sheriff* Acheson y su ayudante Elmer.

—¿Y bien?

Oscar pegó una fuerte patada en el suelo.

—¿Cree que podemos tolerar lo que ha hecho con King Mac Carthy?

—¿A qué se refiere?

—Usted lo tiene alojado en su oficina y se niega a ponerlo en manos de nuestro *sheriff*. Acheson tiene todos los derechos sobre Mac Carthy porque él y un montón de gente de San Lorenzo

colaboraron en su captura. Sin ir más lejos, un primo mío recibió un balazo en el muslo durante el sitio de King y sus hombres. ¿Cree que podemos permitir que King se quede en esta oficina y encima usted se burle de nuestro *sheriff* Acheson?

—Baje la voz o tendrá una seria afonía, Oscar.

Oscar rechinó los dientes como palas.

—Muy bien. Queremos que conste que el *sheriff* Acheson no nos aconsejó esto, amigo. Pero usted va a saber quién es la gente de San Lorenzo.

Donald permaneció quieto ante el avance de los tres individuos.

—Bud —dijo, y sus palabras fueron clavos al rojo—. Tira de las riendas de estos animales antes de que sea demasiado tarde.

Acheson hundió los dientes en una manzana, lo cual produjo un fuerte ruido debido al silencio de la cantina. Era su respuesta.

De repente, los tres energúmenos se abalanzaron sobre Donald Craig.

Donald detuvo a Oscar con un directo en el hígado.

Pero no le dio tiempo a replicar en el maxilar del tipo porque el grueso Daniel le cazó con un terrible martillazo en la oreja.

Donald retrocedió sin control y derribó una mesa.

Consiguió incorporarse muy a tiempo, porque los tres fulanos se le vinieron encima como tres buitres.

Lanzó un patadón y rechazó a Leo. Oscar intentó agarrarlo entre las astillas de la mesa, pero se llevó una buena sorpresa. Donald puso en marcha un puño que estalló como un obús en la mandíbula del tipo alto.

Oscar se llevó consigo al gordo Daniel, lo cual dio tiempo a Donald para salir del atolladero de la mesa.

Aunque no fue por mucho rato, porque los tres individuos eran fuertes como mulos y volvieron a la carga.

Donald se batió a la defensiva. Encajó un zambombazo en el estómago, pero al enderezarse descargó los nudillos en una boca que no logró identificar.

Estaban las cosas muy mal cuando sonó un seco castañazo y el gordo Daniel salió despedido abriendo un gran hueco en el conjunto de sillas y mesas.

Donald descubrió al autor de la hazaña que resultó ser el abogado rubio.

—¡No se meta en esto, Toland! —gritó.

El rubio Toland clavó la rodilla en el abdomen de Leo.

—¿No le dije que soy un buen defensor, *sheriff*?

Donald no pudo contestar porque toda la fuerza quedó acaparada en su brazo derecho, cuyo puño percutió en el maxilar del alto Oscar.

Toland rió alborozado.

—¡Buen sartenazo, *sheriff*! ¡Pero mire éste!

Y sin perder el ritmo de los movimientos, trazó un círculo con la izquierda y se llevó dos dientes de Leo.

Leo salió a toda velocidad y se perdió en la calle.

—¿Qué le dije, *sheriff*? —Se carcajeó Toland.

Y riendo, lo pilló un puñetazo demoledor del alto Oscar, que ya regresaba del lado del mostrador.

Toland giró como una peonza y fue a salir justo por la vidriera produciendo enormes estropicios, con lo que perdió el caso que llevaba entre manos.

Sin embargo, su intervención resultó favorable a Donald, porque éste repiqueteó con la izquierda la ceja del grandullón Oscar y lo despachó de un golpe en el pómulo que fue como la puntilla.

Oscar se derrumbó como un castillo viejo y escupió dos dientes.

El silencio quedó restablecido en la cantina y Donald dio la vuelta para explicarse tanta quietud. Era comprensible porque se había quedado solo.

Acheson y su ayudante Elmer habían sabido esfumarse cuando las cosas empezaron a marchar mal.

Donald llevó una mano a la mandíbula y la accionó para comprobar que no la tenía desencajada.

Convencido de que podía masticar, decidió llegada la hora de su comida, y pidió una doble ración de ternera con patatas al sobrecogido dueño de la cantina, que salió disparado para servirle.

* * *

Tab acabó de madurar lo que desde hacía rato había cocido en su cabeza.

Emitió un gruñido, arrojó la colilla del cigarrillo y la aplastó con el tacón de la bota.

Luego se encaminó hacia las celdas.

Al llegar a la de King Mac Carthy, apretó los barrotes con las manos y sonrió fríamente.

Escogió la llave del manojo y la introdujo en la cerradura. Abrió y pasó al interior.

—Sé que estás despierto, King —dijo.

King resopló, gruñó y pestañeó dando la vuelta en la litera.

—¿Quién anda ahí? ¿Eres tú, Donald?

—Demasiado sabes que soy Tab.

King frunció el entrecejo y observó al ayudante.

—¿Tab, eh?

Tab mostró las dos hileras de los dientes.

—Pensé que te encontrarías muy solo.

—Vale más estar solo que mal acompañado.

Tab emitió una risita.

—No te soy simpático, ¿eh?

—¿Puedo ser sincero, ayudante?

—Inténtalo.

King hizo una mueca.

—Me das asco.

—¿Sí, King?

—Cando llegué a esta oficina comprendí que eras un sapo.

—Ya oí que previniste a Donald contra mí.

—Dije que eras un chivo bastardo, Tab.

Tab se pasó el dorso de la mano por la barba de tres días.

—Está feo hablar así de un ayudante, King.

King mascculló una imprecación.

—¿Por qué no te vas al infierno y me dejas tranquilo? Estás apestando mi celda.

Tab desgranó una risita.

—¿Te das cuenta de que ahora estamos solos, King? Deberías comportarte con más amabilidad.

King no dijo nada, aunque examinaba con un solo ojo al ayudante.

Éste agregó un tanto divertido:

—¿Sabes que podría estrangularte? Sí, King. Podría alargar la mano, apretar tu sucio gaznate y dejarte tieso. Luego le diría a Donald que te dio un ataque y te quedaste momificado.

—No te atreverás, cerdo —espetó King, indignado.

—Oh, claro que no, King. Me gustas más vivo. Sí, King. Vivo vales más de setenta mil dólares.

—Ya salió.

Tab rió en un tono bajo y estridente.

—Sí. King. Eres una fortuna para el que te tenga entre las manos. Los piojosos de la cabaña no sabían manejar los casos como el tuyo y todo les salió al revés. Se pegaron tiros y llamaron la atención de Donald que los descubrió.

King respiraba en silencio.

Tab carraspeó.

—En cambio, yo estoy solo contigo y puedo trabajar en silencio. Sí, sucio pistolero. Puedo sacarte las mantecas y obligarte a decir dónde diablos escondiste la pasta.

—No me sacarás una sola palabra, bastardo.

Tab alargó el brazo y jugueteó con el lazo del vendaje de King.

—¿Qué te parecería si te hurgara en la herida con una horquilla de mujer?

—Cuando Donald se entere te desollará vivo, ayudante.

—Ya sé que es tu amigo, abuelo. Pero nunca sabrá que te metí mano. Cuando llegue habrás fallecido. Conque será mejor que mueras felizmente y no con la horquilla. ¡Vamos, habla…!

—¡Todavía puedo defenderme!

Tab rió y cerró los dedos como garfios sobre el vendaje de King.

King aulló, pero su tortura duró una fracción de segundo.

De repente, Tab sintió una mano sobre su hombro y fue obligado a girar en redondo.

La derecha de Donald estalló en su quijada.

Tab retrocedió a lo largo del corredor y llegó hasta la oficina propulsado por el impacto.

Donald avanzó hacia él.

—¿No te dije que no hay que maltratar a los detenidos, Tab?

Tab estaba en el suelo y comenzó a ponerse en pie dando masaje a su maxilar.

—Sólo quise sonsacarle con mis métodos, Donald.

Donald lo ayudó a ponerse en pie, tirando de su pechera.

—¿De veras, Tab?

—¡Tienes que creerme!

Donald le golpeó en el estómago y Tab quedó doblado en dos.

Sin embargo. Tab se enderezó súbitamente y descargó un cabezazo en la cara de su jefe.

Donald trastabilló mareado por el brutal impacto, pero aún tuvo tiempo de detener un sacudón de Tab y replicó con un revés de derecha que lanzó a Tab contra el armario de informes.

Tab jadeó y sus ojos brillaron como los de un reptil.

—De acuerdo, Donald. Ya tuve bastante.

—Todavía no hemos terminado, Tab.

—¡Si me vuelves a tocar, juro que te mataré!

Donald abrió la puerta de un tirón.

—Vete de aquí, Tab. ¡Vamos, lárgate!

Tab cabeceó de arriba abajo y comenzó a moverse hacia la puerta.

Luego, se alejó lentamente a lo largo de la acera.

Donald salió para recibir un poco de aire fresco y acudió al abrevadero donde se lavó la cara.

De repente, la voz angustiada del viejo King le llegó a sus oídos:

—¡Socorro, Donald! ¡Van a matarme!

# CAPÍTULO VII

Donald cruzó la oficina convertido en una exhalación.

Cuando descubrió el brillo de un revólver aprovechó su impulso y embistió al agresor.

Donald y el sujeto del revólver rodaron por las losas del corredor.

Antes de que acabaran de dar vueltas, Donald supo que su contendiente era una mujer y exclamó:

—¡Patty!

La muchacha le asestó un codazo en el estómago.

—¡Apártese de mí, sabueso!

Donald resolló y la dejó libre.

—Empieza a explicarte, primor.

La muchacha echó atrás la cabeza en un gesto retador.

—No me sacará una sola palabra.

—Después de unos azotes ya veremos.

—¡No se atreverá a ponerme la mano encima o le saco los ojos!

—De modo que lo del medallón era un cuento.

—Premio.

Donald apretó los labios.

—¿Por qué querías matar a Mac Carthy?

King dejó oír una risotada.

—¡Demonios de muchacha! ¡Menudo susto me pegó cuando vi asomarse un «Colt» en la oscuridad! ¡Tráela y yo le hablaré como un padre!

—Cierra la boca, King —dijo Donald.

Patty estalló al escuchar los sarcasmos del forajido y corrió hacia la celda.

Sacudió los barrotes con tremenda energía.

—¡Abra la puerta, *sheriff*! ¡Abra!

Donald la separó a viva fuerza.

Como Patty trató de golpearle en la espinilla, Donald decidió levantarla en vilo y sacarla hacía la oficina.

Cerró la puerta de madera que comunicaba con el corredor para que King no pudiera escuchar y dijo:

—¿Estás loca, muchacha?

—¡Suélteme…! ¡Bájeme de una vez!

Donald la puso en el suelo y todavía tuvo que impedir que Patty abriera la gruesa puerta de separación del corredor.

—King Mac Carthy está muerto —dijo.

Patty giró la cabeza.

—¿Qué está farfullando, *sheriff*?

—El hombre que acaba de ver en la celda tiene sólo unas horas de vida.

Patty se calmó como por ensalmo.

—Miente.

—El doctor Mugs conoce la gravedad del caso. Mac Carthy tiene un balazo en el pecho.

—¡Me dijeron que está herido levemente!

—El proyectil pronto rozará su corazón o le infectará los pulmones.

Patty enmudeció un buen rato.

Donald respiró a través de los dientes.

—Ahora entra como lo hizo Tab o los forajidos que raptaron al viejo. Golpéalo si te parece o le arrancas el vendaje. ¿A qué esperas?

Patty pestañeó confundida.

—¿No trata de colarme un cuento, autoridad?

Donald se volvió hacia ella y su mirada acerada confirmó a la muchacha lo que acababa de anunciarle.

Patty se mordisqueó el labio inferior.

—Resulta tragicómico.

—¿El qué?

Patty hizo una mueca.

—Soñé mucho tiempo poderme enfrentar con Mac Carthy y ahora que me tropiezo con él resulta que está moribundo.

Donald lanzó una ojeada por la ventana.

—¿Qué pasó?

—¿Sabe por qué mi tío Isaías y yo tenemos que vivir en pueblos fantasmas cazando zorras y otras alimañas?

—No me hablaste de ello, Patty.

Patty asintió.

—Ahora ya lo sabe. Tío Isaías y yo vivimos como dos indios trotando por toda la comarca. Cuando un viajero pasó por Pueblos Viejos y nos dio la noticia de que King Mac Carthy acababa de entregarse en esta ciudad, yo solté las trampas que estaba preparando, salté a un caballo y galopé una hora para llegar a Cornel City.

Donald permaneció silencioso.

Patty golpeó la pata de la estufa con el pie.

—Creí que nunca llegaría el día de ver detenido a Mac Carthy. Al llegar me confirmaron que estaba en su celda y se me ocurrió lo del medallón.

—Sigue, Patty.

—Quería estudiar la configuración de la oficina, saber dónde escondía usted las llaves de las celdas, averiguar por dónde me podía colar en un descuido.

—Utilizaste el condenado camino del viejo almacén del patio. Infiernos, voy a clavar las puertas de allá ahora mismo.

—Tuve noticia de que unos sujetos habían raptado a King Mac Carthy aprovechando aquella entrada. Cuando usted lo recapturó, puse en práctica mi plan para entrar en la oficina. Llevo una hora escondida en el cuarto del archivo.

Donald dio un respingo y se volvió.

—Y entonces aprovechaste el momento de la pelea para entrar en el corredor con la idea de matar a Mac Carthy.

—¿Cree que soy una asesina, autoridad?

—¿No ibas a matarlo? Estoy oliendo una venganza en todo este asunto.

—Quería saber dónde estaba el botín de Mac Karthy.

Donald resolló explosivamente.

—¿También tú?

—Un momento, autoridad. No saque conclusiones precipitadas.

—Estoy esperando el fin del relato, preciosa.

Patty compuso una mueca de rabia.

—Mi tío y yo poseíamos un modesto rancho al otro lado del condado. Habíamos reunido un rebaño juntando res a res con mucho sacrificio.

—Continúa.

—Un día tuvimos una manada digna de vender en el mercado de la frontera con Nuevo México. Obtuvimos un precio razonable. Mil setecientos dólares. Tío Isaías canceló un par de deudas con agentes de ganados del mercado de reses. Nos quedó un resto de mil doscientos dólares. ¿Sabe lo que son mil doscientos dólares?

—Una bonita cantidad, Patty.

Patty dibujó un amargo gesto.

—Con el montón de plata habríamos pagado la hipoteca del rancho, fomentando la recría y acabado de construir la casa. Pero todo se fue al diablo.

—Mac Carthy.

—Acertó, autoridad. Mac Carthy y sus hombres salieron por un recodo del camino y detuvieron nuestro carromato.

—Y se llevaron el dinero.

Patty asintió compungida.

—Lo único que debo agradecer a Mac Carthy es que ordenara a sus hombres que me respetaran.

—Detalle digno de tenerse en cuenta.

—Oh, sí. Pero pude oír que ordenó a un tipejo baboso: «Atrapa a la perita en dulce y tráela al barranco cuando todos se larguen».

—Vaya con el abuelo.

—Gracias a que pude huir a tiempo. Tío Isaías recibió unos mamporros y fue desvalijado.

—Mil doscientos dólares, ¿eh?

Patty alzó la mirada hacia el joven *sheriff*.

—Sólo quise saber dónde estaba el botín para poder recuperar mi parte, ¿comprende?

—Sí, Patty.

—Si conseguía el dinero que me robaron, tío Isaías y yo volveríamos a empezar.

Donald se rascó la oreja, el entrecejo fruncido.

—También hay un montón de gente que quiere lo mismo.

—He comprendido el motivo de tanto tiroteo desde que llegué a Cornal City.

—Bien, Patty. Procuraré anticiparme a la gentuza que busca el botín y recuperarás el dinero.

Patty pestañeó, aflorando una sonrisa a sus labios.

—Gracias, *sheriff*.

—Aguarda a que encuentre el botín para dármelas.

Patty inclinóse hacia Donald.

—Me gustaría haber perdido un medallón y que usted lo encontrara para darle el premio. Pero como lo del medallón es mentira, le daré un anticipo por el asunto del botín.

Patty se alzó de puntillas para besar al *sheriff*.

Pero éste la levantó en vilo y la lanzó por encima de la mesa.

Ella chilló creyendo que estaba loco, pero la explicación correcta no tardó una fracción de segundo.

La puerta se abrió y dos sujetos armados con un par de «Colt» cada uno atronaron la oficina.

La estancia se llenó de humo, fuego y plomo aullante.

# CAPÍTULO VIII

El contrapunto del tiroteo fue un prolongado chillido que brotó de la garganta de Patty Hayes.

El *sheriff* quedó con el dedo en el gatillo, apuntando hacia la puerta esperando más enemigos, pero ya no entró nadie.

Los cadáveres habían quedado boca arriba.

Donald Craig les echó un vistazo, pero no identificó a ninguno de los tipos.

Patty preguntó con el aliento entrecortado:

—¿Están muertos?

—Del todo —contestó Craig.

Desvió la mirada hacia la celda.

King Mac Carthy se había incorporado en el jergón y estaba observando a los muertos.

—¿Quieres son, King? —preguntó el *sheriff*.

—Dos bastardos.

—Me interesan sus nombres.

—El pelirrojo es Rich *Rally*.

—¿Trabajó para ti?

—Un poco.

—¿Qué quiere decir un poco?

—Rich robaba hasta a sus propios amigos. Una vez le sorprendí queriendo limpiar los bolsillos de un compañero. Pude haberlo matado, pero me había prestado algún servicio y lo eché de la pandilla.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace un par de años. No lo había vuelto a ver desde entonces.

—¿Quién es el otro?

—Saúl Bannion. También lo despedí, pero no fue por el mismo

motivo que a Rich. Me dieron el soplo de que Saúl Bannion estaba soliviantando a mis muchachos, hablándoles de que yo estaba demasiado viejo. ¿Lo entiendes, Donald? Saúl quería ocupar mi lugar. Decidí acabar con él. Nunca me han gustado las serpientes de cascabel, pero hay personas que son peores que ellas. Los traidores.

—¿Crees que Rich y Saúl trabajaban solos?

—No lo sé. Quizá trajeron más gente.

—El pueblo se está llenando. Llegará un momento en que esto parecerá un rodeo.

Patty se acercó a la celda.

—Señor Mac Carthy, ¿por qué no me dice dónde está el botín?

—Estoy muy enfermo —contestó King y se echó otra vez en el jergón.

La joven dio una patada en el suelo.

—Es usted un vivales, Mac Carthy.

La puerta continuaba abierta.

Donald oyó pasos en el porche.

—¿Quién anda ahí? —dijo con el dedo en el gatillo.

—Soy yo, jefe —contestó Tab entrando—. ¿Estás bien?

—Sí, Tab, pero te dije que te marchases.

—Estás en un apuro y quiero ayudarte.

—No te necesito.

—Jefe, estoy arrepentido.

—¿A quién se lo quieres contar?

—Te juro que estoy arrepentido.

Donald consideró que, tal como estaban las cosas, no podía prescindir de Tab. Naturalmente, no creía en su arrepentimiento.

—Está bien, Tab. Pasa.

Al ver los cadáveres, Tab lanzó un silbido.

—No te quedes ahí, Tab —dijo Donald—. Ocúpate de ellos.

—Sí, jefe, ahora mismo.

Donald caminó hacia la muchacha.

—Sería mejor que te marchases, Patty.

—¿Qué va a pasar con mi dinero?

Donald se quedó pensativo unos instantes. Finalmente se encogió de hombros.

Ella gritó:

—Le tiene sin cuidado, ¿eh?

—Te equivocas, Patty. Me preocupo de todo, y lo tuyo también va a ser objeto de mi atención. Pero si estás aquí no vamos a adelantar nada. Ni tú ni yo.

—Está bien, pero no consentiré que me juegue sucio.

—Nadie te va a jugar sucio.

La joven dirigió una mirada a la celda y echó a andar. Estuvo a punto de tropezar con uno de los cadáveres, pero lo sorteó a tiempo.

Tab llegó en compañía de tres hombres y cargaron con los muertos.

Donald salió al porche y miró a un lado y a otro, cerciorándose de que no había ninguna persona cerca.

Entonces, volvió a entrar en la comisaría y cerró la puerta.

Tomó el llavero de la pared y abrió la celda.

King no se había movido.

—King —dijo—. Tenemos que hablar en serio.

El bandido continuó en la misma posición, como si no le oyese.

Donald le puso la mano en el hombro y lo sacudió suavemente.

King se quejó.

—¿Quieres matarme, Donald?

—No es necesario que te mate porque te vas a morir tú solo… El doctor no ha podido hacer nada por ti y ningún otro médico lo haría. He oído decir muchas veces que una persona sabe mejor cuándo va a morir, de modo que, si eso no falla, tú lo sabes.

—¡Vete al infierno, *sheriff*!

—Ha llegado tu última hora, King, y antes de que te vayas al otro mundo, debes hacer una confesión en toda regla.

Fue entonces cuando Mac Carthy se incorporó ligeramente, apoyándose en un codo. Su respiración era entrecortada.

—Es la chica, ¿eh?

—¿Qué quieres decir?

—Patty te ha tocado la cuerda sensible con su historia de los mil doscientos dólares.

—¿Acaso no es verdad lo que ella dijo?

—Quieres ayudarla, confiésalo.

—Claro que quiero ayudarla, pero también quiero ayudarte a ti.

—Estupendo. Fue por lo que vine a Cornel City, para que me echases una mano. Pero no te vas a arrepentir. Donald. Te voy a dar

la mitad.

—Trato hecho.

Donald se daba cuenta de que ahora King era presa de la fiebre. Apostó consigo mismo a que estaba con cuarenta.

En otras circunstancias, no habría tratado de conseguir la colaboración de un preso enfermo, pero tenía que aprovechar todas las oportunidades o aquel asunto se le escaparía de las manos y, si eso llegaba a suceder, el funerario de la localidad no tendría bastantes ataúdes para enterrar a los muertos.

—¿Dónde está el botín, King?

En las pupilas de King apareció una luz de sospecha.

—Me estoy preguntando si me puedo fiar de ti, Donald.

—Inténtalo, puesto que no tienes nada que perder.

—De acuerdo, Donald.

King miró por entre los barrotes.

—¿No estará por ahí tu ayudante?

—Me cercioré de que no estaba antes de entrar aquí. Se fue con los muertos.

—El botín está en Pozo Perdido…

Donald conocía el lugar. Era un pozo que había servido para repostar agua a las caravanas que cincuenta años atrás cruzaban el país, en dirección a California. Pero aquel pozo se había secado hacía mucho tiempo y las caravanas habían tenido que trazar un círculo para abastecerse en los Pozos del Indio. El Pozo Perdido se encontraba veinte millas al norte de la ciudad, en los lindes del desierto.

—Donald, no tienes que bajar al fondo —prosiguió King—. El botín está en la pared del pozo y sólo tendrás que descender ocho metros. Luego, quitas la piedra y en el hueco encontrarás la gran valija… Para que no hubiese equivocación marqué la piedra con una cruz. Es ésa la que tienes que desprender.

King, después del esfuerzo que había hecho, se derrumbó en el jergón.

En aquel momento, Donald oyó ruido en el corredor que comunicaba con el patio.

Salió de la celda y ya tenía el revólver en la mano.

Cuando pisó el corredor oyó que alguien saltaba el muro del patio.

Luego, los pasos se perdieron a lo lejos.
Donald no intentó seguir al intruso. Era demasiado tarde.

# CAPÍTULO IX

Donald volvió a entrar en la oficina.

En ese momento se abrió la puerta y entró Tab.

Donald lo miró a la cara.

—¿De dónde vienes, Tab?

—De la funeraria.

El *sheriff* se sintió poseído por toda la cólera del mundo.

—No te voy a dejar un hueso sano, Tab.

—Eh, ¿qué te pasa ahora, jefe?

—Hace unos minutos estabas en el corredor.

—¿Yo…? De ninguna forma, y esta vez tengo testigos. Estaba con Ronald y con Marcus. Pregúntale a ellos si no me crees.

Donald consideró las palabras de Tab. Debía decir la verdad. ¿Cómo iba a espiar Tab en el corredor cuando poco antes él lo había golpeado echándole de la comisaría?

—Tab, te vas a quedar aquí.

Tab no habría aparecido en la oficina después de escuchar en el corredor. Estaba claro que tenía que rechazar las sospechas con respecto a su ayudante. Era otra persona la que conocía el secreto de King.

—¿Adónde vas, jefe?

—¿Desde cuándo he de darte cuenta de mis actos, Tab?

—Sólo lo decía para tener en cuenta hacia qué lado debo moverme cuando empiecen los tiros.

—Hacia la parte de donde los oigas.

Donald salió de la oficina.

Llegó junto a su caballo y miró a derecha e izquierda.

¿No era lógico pensar que la persona que había escuchado en el corredor disparase sobre él ahora que tenía todas las ventajas?

Sintió un escalofrío por la espalda ante tal pensamiento, porque ello significaba que podía estar a dos pasos de la muerte.

Montó con tranquilidad, haciendo los movimientos justos y exhaló el aire de sus pulmones porque no se había producido el disparo.

Movió las bridas y su caballo se puso en marcha.

Tuvo buen cuidado en salir por la parte sur del pueblo, pero al llegar a la bifurcación de Penybaker, tomó el otro camino, el bueno, el que conducía al Pozo Perdido.

Estaba llegando ya a su meta cuando sonó el estampido de un rifle.

Se arrojó de la silla y rodó por el suelo hasta encontrar un hoyo.

La bala había pasado muy cerca de su cabeza.

Se hizo un silencio tan sólo interrumpido por el gemir del viento.

Le habían disparado desde unas rocas cercanas.

Se preguntó los que serían.

No había tenido oportunidad de atrapar su rifle al arrojarse de la silla, y con un revólver se encontraba en inferioridad de condiciones.

Vio un fogonazo y aplastó la cara contra el suelo.

La bala llegó zumbando y se enterró a medio metro.

—*Sheriff* —oyó una voz—. Quiero darle una oportunidad para que siga viviendo.

—¿Quién eres?

—Steve Holmes.

—El brazo derecho de King, ¿eh?

—Ahora soy algo más que eso, *sheriff*. El brazo derecho, el izquierdo, la cabeza y el cuerpo entero de King Mac Karthy… ¿Y sabes por qué?

—Lo imagino.

—Dígalo entonces, *sheriff*.

—Quieres ocupar el puesto de King, organizar tu propia pandilla.

—Está muy lejos de dar en el clavo, *sheriff*. Ya han pasado los tiempos de los asaltos a tiro limpio, como lo hacía King Mac Karthy… Ha llegado la época de robar con legalidad.

—Creo que sé a lo que te refieres, Steve. Te quieres dedicar a los

negocios.

—Dio en la diana, *sheriff*.

—¿Qué ciase de negocios van a ser los tuyos, Steve?

—Serán variados. Ranchos, *saloons*, garitos… Sí, sheriff, de cada cosa voy a tener una cadena… Mi territorio va a ser Nuevo México, Texas y Nevada.

Donald le estaba dando cuerda al bandido. Si Steve hablaba con tanta jactancia, estaba claro que no se encontraba solo.

De pronto, oyó un crujido a su espalda.

Se volvió como una centella e hizo fuego sobre el hombre que había aparecido tras una roca.

El tipo lanzó un aullido de dolor porque recibió el plomo en el estómago.

Cayó en el suelo revolcándose y siguió pegando gritos.

Entonces Donald comprendió que Steve Holmes también le había dado cuerda a él. Había iniciado la conversación, para que su cómplice pudiese sorprenderlo por la espalda.

El tipo en cuestión, el herido, dejó de chillar. Había muerto.

—Steve —dijo el *sheriff*—. Te quedaste sin compañía.

—¡Maldito sea, *sheriff*! ¿Ha matado a Slocum?

—¡Sí, Steve!

—¡Lo voy a hacer pedazos! ¡Lo voy a degollar! ¡Lo voy a convertir en pasto para los gusanos…! Slocum era como un hermano para mí. Fuimos juntos a todas partes, ¿lo entiende…? Slocum se habría dejado cortar las manos por salvarme la vida.

—Ya hizo algo más que dejarse cortar las manos.

Steve salió por detrás de las rocas disparando su rifle contra Donald.

Estaba como loco.

El *sheriff* hizo fuego, pero no acertó.

Steve lanzó una carcajada y siguió disparando con su magnífico rifle de repetición.

Donald disparó otra vez.

Steve se tambaleó y el arma le cayó de las manos.

Había llegado muy cerca de Donald y éste pudo ver cómo el forajido agrandaba los ojos.

Finalmente, se derrumbó levantando una gran polvareda.

El *sheriff* fue a su lado y puso una rodilla en tierra.

Steve tenía una grave herida en el pecho, cerca del corazón.

—Steve, ¿quién de vosotros dos se coló en la comisaría y escuchó mi conversación con King?

—Puerco —dijo Steve y murió sin contestar a la pregunta del *sheriff*.

Donald montó en su caballo y continuó su camino.

El Pozo Perdido se ubicaba en un lugar barrido por el viento.

Donald tomó su cuerda, la ató a un árbol que estaba seco y tiró con fuerza para asegurarse de que soportaría su peso.

Luego se fue deslizando por el negro agujero.

Algunos cascotes de la pared cayeron al fondo, chocando contra las piedras, lo cual le indicó que el pozo seguía seco.

Al llegar a los ocho metros, se detuvo y vio la piedra marcada con la cruz.

Sacó el cuchillo e introdujo la hoja por la grieta. La piedra se movió. Luego guardó el cuchillo y se valió de sus dedos para mover la piedra, la cual, en un momento determinado, cayó hacia el fondo. Allí estaba la valija Ya iba a atraparla por el asa, cuando le llegó una voz desde lo alto:

—¿Se divierte, *sheriff*?

Era la voz de Elmer, el ayudante de Bud Acheson.

—Hola, Elmer. No sabía que estuvieses por aquí.

—Esto no me lo hubiese perdido por nada del mundo.

—¿Me seguiste?

—No, *sheriff*. Me adelanté. Fui testigo de lo que le pasó con los forajidos. No va a ganar un premio como inteligente, Donald. Yo era el tipo que escuchó desde el corredor de su oficina.

—Está bien, Elmer. Seguiremos hablando arriba. Ayúdame a subir.

—No, *sheriff*, tú no vas a subir. Ya no te necesito para nada.

—Elmer, ¿vas a cometer un asesinato?

—No digas tonterías. Esto no es un asesinato.

—¿Qué es, entonces?

—Un accidente. ¿Quién te mandó meterte en este pozo…? —Elmer lanzó una carcajada.

Donald vio brillar algo en la mano del ayudante. Era un cuchillo y con él se disponía a cortar la cuerda.

El fondo estaba muy lejos, a no menos de veinte metros. Se

mataría sin remedio.

# CAPÍTULO X

Donald sacó el revólver y disparó sin pestañear.

Elmer estaba inclinado sobre el pozo y saltó hacia arriba al recibir el impacto en el pecho. Luego se venció por el hueco.

Donald se arrimó a la pared y el ayudante del *sheriff* de San Lorenzo pasó por su lado antes de estrellarse en el fondo.

Elmer no soltó ningún grito, quizá porque ya estaba muerto al chocar contra las piedras.

Donald dio un suspiro de alivio, atrapó la valija y comenzó su ascensión.

Poco después salía del pozo y abrió la valija.

Entonces sintió que otra vez la cólera se apoderaba de su corazón.

La valija contenía un montón de periódicos viejos.

Sacó los papeles y buscó entre ellos. No, no había un solo billete. Eran sólo eso, papeles amarillentos, restos del *Centinela de Kansas.*

Desde que salió de Cornel City hacia Pozo Perdido en busca del supuesto botín, había tenido que matar a tres hombres y ahora se demostraba que habían sido tres muertes estúpidas.

Recordó a Elmer, el ayudante del *sheriff* de San Lorenzo, allá arriba en lo alto del pozo, dispuesto a cortar la cuerda.

Montó en el caballo y regresó todo lo aprisa que pudo a Cornel City.

Tab se levantó de la silla al verlo entrar en la oficina con la valija.

—¿Es el botín, jefe?

Donald no le contestó. Abrió la puerta de la celda con la llave.

Sin ningún miramiento, Donald le golpeó con el pie en los cuartos traseros.

—Eh, ¿qué es lo que pasa…? —gimió King—. ¿Por qué no dejan en paz a un pobre moribundo?

—King, eres un maldito embustero.

—¿Qué te pasa, Donald? —preguntó King restregándose los ojos porque en verdad había sido despertado de un sueño.

El *sheriff* le mostró la valija.

—¡Lo has conseguido, Donald! —exclamó el forajido.

—Basta de comedia, King.

—No te comprendo.

Donald le arrojó el maletín y King tuvo que agarrarlo para evitar que le golpease la cara.

Soltó un gemido.

—Mi herida —dijo.

—Abre esa valija, King. ¿Qué estás esperando…? Ha llegado la hora de que veas tu dinero.

Mac Carthy abrió la valija y sacó los restos de diario.

Tab estaba a la otra parte de la reja y la curiosidad que había reflejado hasta entonces se trocó en una mueca de asombro.

King sacó muy aprisa los trozos de diario que llenaban el maletín.

—Maldita sea, ¿qué significa esto, Donald?

—¿Tú qué crees?

—¿Dónde está el dinero?

—King, si no estuvieses herido, te rompería las narices.

Mac Carthy entornó los ojos mirando al representante de la ley.

—Antes de hablar piensa el próximo chiste, King —rezongó el *sheriff*.

—Eres tú el del chiste. A eso me refiero precisamente, Donald. Me estás gastando una broma. Has sacado el dinero de la valija, confiésalo…

—¡Vete al infierno, King!

—No puedes hacer esto con un pobre viejo, Donald.

—Eres un canalla, King. Sabía que lo eras, pero necesitaba que me hicieses esta jugada para desear con todas mis fuerzas que recibas lo que te has ganado. En el camino de Pozo Perdido maté a Steve y a Slocum.

—¿Hiciste eso?

—Me prepararon una trampa antes de llegar al pozo, pero tuve

suerte y fui yo el ganador.

—Menudo par de puercos. Jugaron con ventaja. Quisieron robar a su propio jefe que estaba en la cárcel. No te recrimino, muchacho. Hiciste bien en cargártelos, eran basura…

—Ellos eran basura, ¿eh, King?

—Olían mal, te lo juro, Donald, olían como dos apestados. Nunca se lavaban.

—¿Y qué eres tú, King?

—Eh, Donald, no puedes decir que yo sea un tipo sucio. Me he bañado una vez a la semana y, cuando he tenido ocasión, he comprado perfume caro. A veces mis muchachos se han gastado unos dólares en comprar perfume, pero ¿sabes para qué? Para regalarlo a una mujer. Para ellos no era cosa de hombres oler bien. Pero yo tengo otras ideas.

—¡Basta ya, King!

Donald atrapó a Mac Carthy por el cuello de la camisa.

—Cuidado, Donald. ¿Qué vas a hacer conmigo?

King resolló:

—Anda, Donald, termina con tu viejo amigo. Quizá sea lo mejor. Así evitarás que otro me mate.

El doctor Mugs exclamó desde la oficina:

—Eh, *sheriff*, le prohíbo que maltrate al prisionero.

Donald dejó caer a King en el jergón y se volvió hacia el hueco de la puerta donde estaba el médico.

—Doctor, no le oímos llegar.

—No me oyeron porque usted y su ayudante estaban ocupados en atormentar a su prisionero.

—Cuidado, doctor, aquí no se atormenta a nadie.

—¿Por qué lo niega, *sheriff*? Lo sorprendí con las manos en la masa.

—Doctor Mugs, está hablando demasiado… Y eso es muy extraño en usted.

—Creo que todos estamos nerviosos —repuso el doctor con voz apagada—. Déjeme ver al prisionero, creo que se desmayó.

—No creo que se haya desmayado. King es un artista. Ha estado representando toda su vida, y ahora se esmera más porque ha llegado a la actuación cumbre de su carrera.

El doctor se sentó en el borde del camastro y auscultó a King.

—Los latidos del corazón son cada vez más débiles —declaró—. Si este hombre no se está quieto, no respondo por su vida. Ya le dije que podría morir en un corto espacio de tiempo. Pero pensé que Mac Carthy estaría inmóvil… Tal como van las cosas, puede morir en cualquier momento, en cuestión de minutos.

—Trate de evitarlo.

—La ciencia no sirve para nada en determinadas situaciones, y me temo que ésta es una de ellas, *sheriff*.

—Está bien, haga lo que pueda.

—Le daré unos comprimidos.

Donald salió de la celda.

—Tab, te quedas solo. No necesito decirte nada.

—No te preocupes, jefe. Tendré los ojos bien abiertos. Te demostraré que puedo ser un buen ayudante de *sheriff*.

Donald no quiso hacer ningún comentario porque estaba malhumorado consigo mismo.

Salió al porche y casi se dio de bruces con Patty.

—Hola, *sheriff*. ¿Cómo fue su excursión?

—¿Quién te habló de eso?

—Lo vi marchar.

—Resultó un fracaso.

—¿Qué quiere decir?

—Logré sacarle a King el escondite del botín.

—¿Y qué?

—Cuando llegué a cierto pozo, extraje de una de sus paredes una valija, pero sólo contenía recortes de periódico.

Patty agrandó los ojos.

—¡Oh, no!

—Lo siento, Patty, pero yo también tenía fundadas esperanzas en solucionar de una vez por todas este jaleo. Así que las cosas están como antes.

—¡Están mucho peor, *sheriff*! Antes teníamos la oportunidad de que King dijese dónde escondió la parte, pero si alguien se lo llevó, significa que estoy tan arruinada como mi tatarabuela.

—Será mejor que no pienses en los mil doscientos dólares.

—¿Y quién va a pensar en ellos por mí?

—La vida está llena de contratiempos, Patty. Muchas veces creemos que cualquiera de ellos puede acabar con todo, pero no es

así. Siempre nos podemos rehacer.

—Eh, oiga, no me gusta su forma de filosofar.

—¿Y por qué no?

—Porque es fatalista.

—¿Qué quieres que te diga entonces?

—Usted dijo que recuperaría mi dinero.

—Pensé que podría sacarle a King el lugar donde escondía su botín. Lo tuve en cuenta desde el momento en que llegó a mí oficina. Pero las cosas salieron mal, Patty. Te puedo asegurar que no fue culpa mía.

—¿Qué hará ahora?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe…? Está claro que King lo engañó a usted.

—Él dice que no.

—Muy gracioso.

—A mí no me resultó gracioso, todo lo contrario, resultó dramático, pero King actuó como si realmente alguien le hubiese birlado el botín.

La joven se quedó pensativa unos instantes y dijo:

—No me gusta nada, absolutamente nada, lo que está pasando aquí, *sheriff*.

—Ni a mí.

Un hombre se acercó a los jóvenes. Frisaba los cincuenta años de edad y era grandote, con cuello de búfalo.

—*Sheriff*, éste es mi tío Isaías.

Isaías sonrió extendiendo la mano.

—Encantado, autoridad. He oído hablar mucho de usted.

Cambió un apretón de manos con el *sheriff* y éste tuvo la impresión de que, si Isaías apretaba más, oiría el crujido de sus huesos.

—Tío, no lo felicites —dijo la muchacha.

—¿Qué pasa, Patty?

—Creo que nos quedamos sin nuestro dinero para los restos.

—Eh, Patty, no puedes decir eso.

—Óyeme y verás.

A continuación, la joven contó a su tío lo que había sabido por boca del *sheriff* acerca del supuesto botín de King Mac Carthy.

Isaías dijo:

—Patty, ya te advertí que no recuperaríamos nuestros mil doscientos dólares.

—Y yo te contesté que esos dólares volverían a nosotros. No estamos en situación de perderlos.

El *sheriff* carraspeó:

—Disculpen, pero tengo que hablar con alguien que acabo de ver en la puerta del *saloon.*

Echó a andar y llegó cerca del *sheriff* de San Lorenzo.

—Hola. Donald, ¿viste por ahí a Elmer?

—De él quiero hablarte, Bud. Anda, te invito a un trago.

Entraron en el *saloon* y se acercaron al mostrador.

Donald hizo una señal al mozo para que los sirviese.

—He matado a tu ayudante, Bud.

El *sheriff* de San Lorenzo endureció las facciones.

Se había quedado sin habla. Tomó su vaso y apuró el *whisky* de un solo trago.

Observó la botella que el mozo había dejado allí y en esa posición preguntó:

—¿Dónde lo mataste?

Donald se lo dijo sin ahorrar detalles.

Bud tomó la botella y escanció más *whisky*.

—Todo esto ha pasado por tu culpa, Donald.

—Tuve que disparar, Bud. Si no hubiese apretado el gatillo, Elmer habría terminado conmigo.

—No me refería a la forma en que terminaste con Elmer. Ya sé que si disparaste fue porque tenías que hacerlo. Pero se habría evitado si tú me hubieses entregado a King Mac Carthy cuando te lo pedí.

—Cumplí con mi deber.

—No, Donald, no digas eso. Yo estaba persiguiendo a King, era mi presa, tú me la quitaste.

—Ya te dije que Mac Carthy se entregó.

—Lo hizo para salvar la piel.

—No va a salvar la piel. Está herido de muerte. Nunca habrías llegado con él a San Lorenzo.

—¿Y qué has hecho tú, Donald…? Ese hombre te ha engañado.

—Es posible.

—¿Es que tienes alguna duda…? ¿Vas a creer que de verdad le robaron el botín?

—No, no lo creo, pero él tuvo una intención.

—Claro, la de pegártela.

—No, Bud. Ése no era el fin esencial. He pensado con el cerebro de King Mac Carthy.

—¿Y qué es lo que averiguaste?

—Quizá King buscó que el panorama se despejase. Si yo, el *sheriff* de Cornel City, encontraba la valija vacía y lo pregonaba a los cuatro vientos, muchos forajidos empezarían a marcharse.

—No está mal —gruñó Bud.

—He de marcharme ahora, Bud. Quiero que Tab cuente por ahí la historia de la valija.

—Necesito el cuerpo de Elmer.

—Mandaré a unos cuantos hombres al pozo y te lo traerán.

—Gracias.

Donald no supo si Bud Acheson decía aquello con ironía. Echó a andar hacia la puerta.

Bud Acheson apretó el vaso de *whisky* mientras miraba la espalda del *sheriff*. Odiaba a aquel hombre. Era el culpable de que él no tuviese a King Mac Carthy. Y ahora se había cargado a Elmer. ¿Qué era lo que perseguía Donald Craig? En ningún momento había creído que Donald defendiese a King Mac Carthy por el simple hecho de que estuviese agonizante. No, había más. Donald quería llevárselo todo, la gloria de haber capturado al famoso forajido, y especialmente, su botín. Pero él, Bud, se había prometido a sí mismo que Donald nunca tendría tiempo para saborear el triunfo y para vivir del dinero de King Mac Carthy, y ahora lo volvió a jurar. Mataría a Donald, aunque fuese lo último que hiciese en su vida, y eso iba a ocurrir en un plazo muy breve.

# CAPÍTULO XI

Patty Hayes había entrado en su galera para ponerla en orden.

Su tío Isaías estaba en el *saloon.*

De pronto oyó una voz a su espalda:

—Hola, nena.

Miró al tipo. Era la primera vez que lo veía. Barbudo, de unos cincuenta años, con una cicatriz sobre la ceja derecha.

—¿Por qué se presentó así, míster?

—¿Qué hay de malo en que te haya dado la sorpresa?

—Pude estar desvestida.

El barbudo esbozó una sonrisa y sus ojos brillaron intensamente.

—Eso habría sido un buen regalo, nena. Te lo aseguro, porque eres un auténtico bombón.

—Eh, ¿quién es usted?

—Nathan Grant.

—Señor Grant, le voy a dar un consejo.

—Venga.

—Tírese al río. Necesita un buen remojón para limpiarse la mugre.

Nathan soltó una carcajada.

—Eh, Richard, ¿estás oyendo eso? —Miró hacia la izquierda.

Por el hueco apareció un tipo rubio con cejas blancas y ojos de loco. Poseía mejillas chupadas y nariz muy fina.

Al ver a la joven torció la boca:

—Cuidado con ella, Nathan. Es de las que dan guerra.

—Eh, nena. ¿Has oído? Richard es un buen profesional.

—No entiendo nada.

—Yo te lo explicaré. Richard se dedicó hace tiempo a raptar mujeres y venderlas en los centros de consumo…

Patty miró asombrada al rubio de ojos de loco.

—¿Eso hizo usted?

—Era una buena mercancía y me la pagaban bien. Le he dicho a Grant que tenemos que dedicamos a eso, pero él prefiere otra clase de negocios… Opina que las mujeres deben ser tratadas como reinas y no como borregos…

Grant rió otra vez.

—Ése soy yo, el tipo que las tiene a todas contentas. No hay ninguna que pase por mis manos y se quede insatisfecha.

—Oiga, ahora que ya nos conocemos. ¿Por qué no se van por ahí y me dejan en paz?

Hubo una pausa y Nathan dijo:

—Te necesitamos, pequeña.

—¿Para qué me necesitan ustedes?

—Para tenderle una trampa al *sheriff* de Cornel City.

—¿Qué?

—¿Eres sorda?

—No, claro que no.

—Entonces lo has oído bien.

—Claro que lo he oído bien, pero pensé que no hablarían en serio.

—Claro que hablamos en serio. Vamos a tenderle una trampa al *sheriff* de Cornel City.

—No cuenten conmigo —dijo la muchacha.

—Aquí pasa una cosa, nena, y es que tu voto no sirve para nada.

La joven echó a correr hacia la parte delantera del pescante. Lo hizo con una gran ligereza y saltó al suelo. Sólo tenía que llegar ante la puerta que estaba a unos cinco metros y ganar la calle.

Pero apenas hubo dado dos pasos, cuando un hombre se arrojó sobre sus piernas. Era el rubio Richard.

Los dos rodaron por el suelo, la joven dando gritos.

El rubio quedó encima de Patty y le cubrió la boca con la mano.

Nathan reía palmeándose los muslos.

—Eh, Richard, te encontraste con una gata salvaje. —Yo le voy a dar a ella…

Sin embargo, fue ella quien le dio un rodillazo en el bajo vientre.

Richard soltó un grito de dolor y dejó libre por unos instantes a

Patty.

Ella se levantó de un saltó y fue a continuar corriendo hacia la puerta, pero Nathan le interrumpió el paso.

La joven, con el aliento entrecortado, dijo:

—Quítese de ahí, señor Grant.

—No puedo.

—Oiga, señor Grant, hay otras mujeres en Cornel City. Elija otra para tenderle esa trampa al *sheriff* Craig.

—No, nena, no puedo hacer tal cosa.

—¿Por qué no?

—Porque tú eres el cebo que necesitamos… Estuvimos mirando un rato al *sheriff*, mientras estaba contigo en el porche de la oficina, y vimos su forma de mirarte.

—¿De qué forma me miraba?

—Tú le gustas.

—¿Qué majadería está diciendo…?

—Richard sabe mucho de eso, ya te lo dije. A él no se le escapa nada. Entiende más de mujeres que tú misma. ¿Sabes que una vez se disfrazó para librarse de un *sheriff* que lo perseguía? Eran no menos de veinte y a Richard se le ocurrió ponerse un vestido de mujer. Hizo un gran papel, sí, señor…

—No lo dudo.

El rubio ya se había repuesto y soltó una maldición. Sacó su cuchillo.

—¿Qué vas a hacer, Richard? —preguntó Grant—. Nos da lo mismo que esté muerta que viva. De todas formas, la trampa surtirá efecto. Así que la voy a degollar.

Patty sintió la garganta reseca.

—Eh, señor Grant, no permita que haga eso.

—Lo siento, nena, pero tú te lo buscaste —habló el rubio.

Richard echó a andar hacia Patty.

La joven retrocedió hasta que golpeó contra la rueda de su carro.

—Tienes un hermoso cuello, nena, largo, como a mí me gustan.

—Cómprese una jirafa. Tiene el cuello más largo y podrá hacer muchas más rodajas.

Grant soltó una risotada.

—Eh, Richard, la joven sabe hacer buenos chistes.

—Estoy esperando que haga el mejor cuando le clave la hoja en

su linda piel…

—¡Señor Grant, no lo permita!

—Richard, no puedes matarla.

—Yo digo que sí.

—Te equivocaste antes al decir que nos servía lo mismo muerta que viva. La necesitamos viva.

—¿Dónde está la diferencia?

—Tienes que escribir un mensaje para el *sheriff*. Si no es con mensaje, Donald Craig no vendrá por aquí.

—Lo podemos escribir nosotros.

—¿Tú, Richard?

—Sabes que no sé, pero tú sí.

—Hago una letra muy fea, y esta chica es muy delicada. Yo veo así las cosas, Richard. Ella escribirá el mensaje, el *sheriff* vendrá aquí y luego continuaremos hablando del bombón y de otras muchas cosas…

Richard titubeó durante unos instantes y al fin sacudió la cabeza.

—Está bien.

Se retiró unos pasos y Patty exhaló el aire de sus pulmones. Grant la apunto con el dedo.

—Pequeña, saca papel y lápiz.

—No tengo.

—A la de tres, le digo a Richard que te corte el pescuezo.

Richard levantó el cuchillo y la joven dijo:

—Ahora mismo.

—Será mejor que no vuelvas a intentar engañamos —dijo Nathan Grant.

La tomó del brazo y la acompañó hasta el carro por si ella intentaba apoderarse de algún arma escondida.

Patty se vio obligada a sacar papel y lápiz.

—¿Qué quieres que escriba? No se me ocurre nada. Pero si se dan una vuelta por ahí, ya verán cómo escribo el mensaje que ustedes necesitan…

—Crees que somos un par de imbéciles, ¿eh? Yo te dictaré. —Nathan hizo una pausa y se pellizcó la barbilla mientras miraba el techo—: «Estimado *sheriff*, me encuentro en un gran apuro. Me he enamorado de usted como una loca».

—¡Yo no escribo eso!

—Lo escribirás o Richard hace contigo una carnicería.

—Sí, señor, lo escribiré.

Grant esperó a que Patty escribiese lo que había dictado y luego agregó:

—«Lo espero en el establo de Meredith. Por favor, no falte, *sheriff*. Soy toda suya…» y a continuación la firma.

Patty firmó después de haber escrito el mensaje completo.

Nathan Grant tomó la carta y, después de leerla, rió con ganas.

# Capítulo XII

Donald Craig miró a Meredith.

—¿Quién te dio esta carta?

—¿Quién va a ser? Ella.

—¿Dónde está?

—En mi establo.

—¿Sola?

—Desde luego… Estaba en su carro cuando yo entré y me llamó. Me dio medio dólar y me dijo que le trajese esta carta a usted… ¿Algún asunto grave, *sheriff*?

—No, desde luego.

—Bien, *sheriff*. Yo ya cumplí con mi obligación… Hasta luego.

Donald estaba sentado en la mesa y Tab Heller de pie, revisando el armero.

King Mac Carthy dormía tranquilo en la celda, después que el doctor Mugs le había hecho tragar un par de comprimidos.

—He de salir un momento, Tab —dijo Donald cuando ya hacía un minuto que Meredith había salido.

—No creo que ocurra nada, jefe. Las últimas noticias son de que la mayoría de los forajidos se largaron.

—Pero quedarán los más peligrosos, Tab. No te confíes demasiado.

—De acuerdo.

Donald salió al porche y aspiró una bocanada de aire fresco. Tenía en sus manos el mensaje de Patty Hayes. Era muy extraño. Patty lo había besado, pero estaba seguro de que ella no lo había hecho influenciada por su encanto masculino. Era una chica impulsiva, llena de vida, y se había dejado llevar por el entusiasmo, cuando él le habló de recuperar los mil doscientos dólares. Ella le

escribía: «Me he enamorado de usted como una loca».

No, no era normal en Patty, por muy impulsiva que fuese, y sonrió al recordar su despedida: «Soy toda suya».

Se estaba acercando al establo de Meredith. Todo era silencio.

Se detuvo en el hueco de la puerta y miró hacia el interior con la mano en la culata del revólver.

No vio a nadie, pero no esperaba encontrar a Meredith, porque, si Patty le había dado medio dólar, Meredith se habría apresurado a gastárselo en el *saloon*. Era un demonio bebiendo *whisky*. El doctor Mugs le había dicho que tenía el hígado hecho puré, y ni ese diagnóstico había servido para que el dueño del establo renunciase a la bebida.

—Patty —llamó.

La joven asomó la cabeza por la galera que había en el fondo.

—Aquí estoy, *sheriff*.

—¿Qué haces ahí? Baja.

—Oh, no, *sheriff*, no puedo bajar. Soy una chica muy vergonzosa.

—Eh, Patty, ¿es que has bebido?

—¿Qué le hace suponer eso?

—Quizá Meredith te invitó a beber de su botella.

—No, no bebí nada.

—¿Te encuentras bien?

—Claro que me encuentro bien. A decir verdad, nunca me he encontrado mejor… Tengo la espalda un poco caliente, pero eso debe ser que me enfrié y ahora me está subiendo la fiebre.

Donald había echado a andar hacia la galera. Continuaba con la mano en la culata.

—Patty, yo no voy a subir ahí.

—¿Por qué no?

—Porque no está bien que tú y yo estemos ahí dentro a solas.

Para aquel entonces, Donald ya sabía la verdad. Alguien amenazaba a Patty por la espalda. Ella le había transmitido el mensaje. Eso lo explicaba todo.

Se preguntó por qué no había dado la vuelta y echado a correr. Sin embargo, la explicación era sencilla. No podía dejar a Patty con la persona o personas que estuviesen con ella en la galera.

—Baja, Patty —dijo.

Era eso lo que él quería, que la dejasen libre por un momento, que pensase que lo tenían acorralado.

La joven pareció indecisa por unos instantes.

El trató de decirle con los ojos que se arrojase del pescante. Creyó que no le comprendía, pero de pronto Patty saltó.

Donald se puso a disparar a través de la lona.

Oyó un aullido y eso le indicó que había tenido éxito al menos con uno de los tipos.

—¡Son dos! —gritó Patty cuando rodaba por el suelo.

El rubio de los ojos de loco apareció por detrás de la galera disparando.

Donald le metió una bala entre los dos ojos.

El tipo salió escupido del carro y rodó por la paja estrellándose contra la pared.

Dentro del carromato alguien gritó:

—No dispare, *sheriff*… Me entrego. Estoy herido en un hombro.

Donald subió a la galera con las debidas precauciones y apuntó al hombre que estaba tendido en unos sacos.

—No le engaño, *sheriff*.

Donald identificó al tipo porque tan sólo dos meses antes había recibido un requerimiento de Nathan Grant, acusado de robo y asesinato en Las Nueces, un pueblo situado ciento cincuenta millas al norte de Cornel City.

—¿Qué es lo intentabas, Grant?

—Hacerle a usted prisionero para luego llevarlo a la comisaria.

—¿Qué más?

—Usted lo sabe… Nos interesaba atrapar a King Mac Carthy para que nos dijese el lugar donde estaba el botín…

—Ya fui yo a por el botín, y resultó que desapareció.

—Eso se lo cuenta usted a su tía.

—Se lo contaré cuando la encuentre.

—Eh, *sheriff*, ¿qué va a hacer conmigo…?

—En primer lugar, no creo que fueseis a hacerme prisionero. Me tendisteis una celada con la chica para eliminarme.

—Le juro que no, *sheriff*… Yo no mato a un representante de la ley.

—¿Y qué es lo que hiciste en Las Nueces?

—Aquello fue distinto… El *marshall* de Las Nueces me quitó la

mujer que yo quería.

—Fue al revés. Tú quisiste quitarle la mujer al *marshall* de Las Nueces y por eso lo mandaste al cementerio… Pero lo hiciste de una forma muy fea, disparándole por la espalda.

—¡Eso dicen las malas lenguas!

—Hubo dos testigos. Te vieron desde una ventana.

—¡Maldita sea, todo el mundo está en contra mía…!

—Vendrás conmigo a la comisaría.

—No puedo andar. Lo que yo necesito es un hospital, *sheriff*.

—Estarás cuidado amorosamente en una celda… Vamos, levántate.

—Le digo que no puedo.

—Grant, los tipos como tú están mejor sin dientes.

—No puede pegar a un prisionero.

—¿Tú crees…?

Donald atrapó el revólver por el cañón y lo movió de arriba abajo.

Nathan se puso a chillar.

—¡Iré con usted, *sheriff*, no me pegue!

Le ayudó a que descendiese del carro.

Patty estaba muy pálida.

—Lo siento, *sheriff*, pero ellos me obligaron…

—No te preocupes. Hiciste lo que debías.

—¿No está enfadado?

—Claro que no. Me salvaste la vida.

—¿Cuándo?

—Cuando me dijiste lo de que tu espalda estaba caliente.

—Dios mío, creía que uno de ellos me iba a matar… Tenía el cañón de su revólver en la espina dorsal.

—Eso fue lo que comprendí.

Nathan Grant rezongó:

—¡Nada de lo que dice ella es cierto, y por tanto no podrá ser usado en mi juicio!

—Parece que sabes mucho de leyes, Grant.

—Tuve que aprender. Hoy día, un hombre como yo debe saber leyes para evitar que se la peguen los jueces y los fiscales. Me defenderé yo solo. ¿Lo entiende?

—Vas a tener un buen trabajo en Las Nueces.

—¿Cómo?

—Te quedarás aquí unos días, hasta que llegue el representante de la ley en Las Nueces.

—¡No puedes hacer eso conmigo! —chilló Grant—. ¡Allí me odian con todas sus fuerzas,…! ¡No pueden verme ni en pintura…! ¡Cometerán un asesinato! ¡Habrá un juicio ilegal!

—Más vale que guardes tus fuerzas para cuando tengas que defenderte… Y ya basta de charla, vámonos.

# Capítulo XIII

Donald había metido a Nathan Grant en la celda de emergencia, la que casi nunca se utilizaba, cerca de la cocina.

El forajido requerido en Las Nueces gritaba mientras el doctor Mugs lo curaba.

—¡No pueden hacer esto conmigo! ¡Tengo derecho a estar en la otra celda! ¿Acaso King Mac Carthy es más que yo…? ¡Quiero estar al lado de King…!

Mac Carthy despertó y, después de ser informado por Tab de lo que pasaba, se echó a reír.

—Ese Nathan siempre fue un bocazas… ¿Qué categoría tiene para compararse conmigo? Bueno, a muchos les pasa como a él. ¿Lo oyes, Donald? Yo he servido de ejemplo a muchos tipos.

—Por desgracia —apuntó el *sheriff*.

—Pero ya estoy en mi ocaso, Donald.

El *sheriff* se acercó a los barrotes.

—King, no te expresas bien.

—¿No?

—Uno llega al ocaso cuando ya no tiene nada que hacer en su profesión. Contigo las cosas están de otro modo. Te estás muriendo.

—Tonterías. Ahora me encuentro fuerte.

—El doctor Mugs me advirtió de eso.

—¿De qué te advirtió?

—De que, momentáneamente, te podrías encontrar mejor, pero no se trata de una mejoría de la que puedas sacar consecuencias. Recuérdalo, tienes la bala en el cuerpo y ella sigue su camino.

—Cállate.

—Cuando la bala llegue a tu corazón sentirás como un chispazo y te despedirás de la vida.

—¡Maldita sea he dicho que te calles…!

—Bueno, después de todo, no te vas a dar ni cuenta.

King gritó con los ojos desorbitados.

—¡No voy a morir…! ¡No quiero morir!

—¿Qué te pasa, King? Cuando llegaste aquí, admitiste que te había llegado la hora. Hasta terminaste por decir dónde estaba el botín, y ahora no quieres morir. Todo concuerda, King. Me enredaste. Tú sabías que no estaba el dinero en el lugar que me habías señalado, en el Pozo Perdido, y ahora comprendo el motivo del engaño.

—¿Por qué?

—Tú sabías que había alguien escuchando en el corredor.

—¿Y qué más?

—Lo sabías antes de ponerte a hablar, y por eso me soltaste lo del Pozo Perdido. Había llegado tu momento. Yo me llevaría tras de mí a unos cuantos tipos deseosos de atrapar tu tesoro. Cualquiera de ellos me mataría, pero luego se encontraría con una maleta vacía. Sin embargo, tú ya no tendrías a un hombre como yo dispuesto a no dejarte escapar… Simulaste que creías en mi oferta de repartir el botín…

King Mac Carthy bostezó:

—Me estás cansando con tu palabrería, Donald.

—He dado en el clavo, King.

—Déjame tranquilo. Necesito comer.

—El doctor dijo que no debías hacerlo.

—Eso fue hace un millón de años… Ahora tengo hambre.

—Tab —dijo Donald— trae algo de comer al prisionero.

—Iré al restaurante de Louise —asintió el ayudante.

—No tardes.

—Iré y volveré como las balas.

Tab salió de la oficina.

Donald lo vio marchar y frunció el ceño. Tab había cambiado mucho desde que lo hizo salir de la oficina a golpes, pero continuaba sin fiarse de él.

—Donald —dijo Mac Carthy—. ¿Sabes algo del juez?

—Sí. Me mandó un telegrama.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Para qué iba a decírtelo? No habría cambiado las cosas…

—¡No vuelvas a repetirme eso de que voy a morir!

—Como tú quieras, King.

—¿Qué dice el juez?

—Llegará mañana.

—¿Se lo has dicho ya a Bud Acheson?

—No, tendré que ir a hablar con él. Está muy impaciente, y servirá para que se calme.

—De modo que al fin me vas a entregar a Bud Acheson.

—No lo haré hasta que lo decida el juez.

—Pero tú sabes que el juez dará esa orden.

—Es lógico.

—¿Sabes lo que tú eres, Donald? ¡Un renegado! Sí, has renegado de mi amistad, de todo el cariño que puse en ti.

—King, quiero aclarar de una vez mi situación con respecto a ti.

King contestó con sarcasmo:

—Anda, muchacho, ábreme tu corazón…

—Tuviste en cuenta que yo era el representante de la ley en esta comarca y no cometiste nada aquí… Sí, King, estás limpio en mi condado. Mediste bien tus pasos para no caer, pero no creas que por eso me tuviste de tu lado. Fuiste un estúpido si alguna vez llegaste a pensar eso… Deseé mucho que cometieses un error, que por cualquier circunstancia te atrevieses a disparar el gatillo en mi territorio. Entonces, yo mismo te habría atrapado y habría sido capaz de llegar hasta el mismo infierno para detenerte…

Los ojos de Mac Carthy eran dos pozos llameantes.

—¿Sabes lo que eres tú, Donald…? ¡El canalla más grande del mundo! ¿Es eso lo que tenías contra mí…? ¡Querías matarme, querías ahorcarme, querías convertirme en polvo, a mí, que fui el mejor amigo de tu padre! ¡A mí que me llamabas tío King…! ¿Sabes lo que hice por ti? Te enseñé a tirar. ¡Sí, yo te enseñé porque tu padre no quería que practicases con un arma…!

—Lo recuerdo perfectamente.

—No eras capaz de pegarle a una lata y cuando yo me separé de ti, le pagabas a todas… Y ¿cuál es el pago que me das? Ahora quisieras tenerme en lo alto de la valla, como si yo fuese una lata, y estoy seguro de que me meterías más de una bala… ¿Sabes cómo se llama eso? No, no lo digas, porque yo lo diré: ¡Ingratitud! Eso es lo que se llama lo que tú haces conmigo… Pero la canallada resulta

mucho mayor porque estás tratando como un guiñapo a un viejo de sesenta años.

Tab entró en aquel momento con una bandeja.

—Filete con patatas —dijo—. ¿Le parece bien, señor Mac Carthy o prefiere otro menú?

—Me conformaré con ese filete de caballo.

—Es de vaca.

—Como tú quieras, ayudante.

Donald se dirigió a Tab:

—Voy a hablar con Bud Acheson.

—Lo acabo de ver. Está comiendo en el restaurante de Louise.

—Aprovecharé para tomar un bocado, pero antes quiero charlar con el doctor.

En ese momento, salió el doctor Mugs, el cual dio un suspiro deteniéndose.

—¿Cuántos heridos más está dispuesto a meter en la celda, *sheriff*?

—Los que sean necesarios si continuamos con el jaleo. Dígame, doctor, ¿cómo está Nathan Grant?

—Le he extraído la bala. —Mugs abrió la mano y enseñó el proyectil—. No atravesó ningún hueso. Estará curado en una semana… Desde luego, puede ser sometido a juicio en cualquier momento.

El ayudante Tab se acercó con la bandeja y el doctor frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

—Comida para el prisionero —contestó Tab.

—Habría sido preferible una sopa antes de la carne.

Donald hizo un gesto afirmativo.

—Voy al restaurante. Yo mismo mandaré la sopa con un camarero… ¿Viene conmigo, doctor?

—Quiero tomar la temperatura de Mac Carthy.

—¿Otra vez?

—¿Se opone a eso? Le advierto que este hombre sigue muy grave. Es la temperatura la que nos tiene que señalar el camino que sigue la bala.

King se había tendido en el camastro otra vez y estaba inmóvil.

—Bien, doctor —asintió Donald—. Tómele la temperatura

cuantas veces quiera, y tú Tab, no le sirvas la comida hasta que el doctor haya salido. Deja la bandeja en la mesa y vigila. No quiero que dejes de mirar a King ni un segundo.

—Así lo haré. —Tab dejó la bandeja en la mesa, tomó el llavero y abrió la celda retirándose unos pasos.

Donald vio a su ayudante con el revólver en la mano y entonces salió de la oficina.

El doctor Mugs entró en la celda y tomó la temperatura del prisionero.

Tab se cansó de estar de pie y se sentó en una silla.

El doctor Mugs estaba inclinado sobre Mac Carthy.

—King, el muchacho todavía no ha encontrado la valija.

Mac Carthy abrió los dos ojos y miró fijamente al doctor.

—Ya debía haberla encontrado.

—¿Dónde la escondiste?

—Donde te dije.

—Ha tenido que haber un fallo, King. Quizá lo olvidaste.

—No, no lo olvidé, Mugs. Te di el plano.

—El muchacho está haciendo la galería por el lugar que tú marcaste en ese plano. Ya sabía que habría dificultades, porque la mina se vino abajo… Pero todo el mundo se ha creído la historia de que Milton Clark sólo fue allí para arañar en busca de mineral… Milton hizo las cosas bien para que nadie fuese detrás. Ha colocado las vigas de tal forma que es imposible llegar hasta él, pero me habló desde un respiradero y me dijo que no me inquietase, que tenía la salida segura a menos que sufriese un derrumbamiento inesperado.

—Lo que tienes que hacer es encontrar la valija en seguida.

—Bueno, quizá se desvió un poco. Iré con Milton y haré la comprobación.

—No puedo esperar más, Mugs. El juez llegará mañana.

—Encontraremos la valija hoy mismo y para mañana tú estarás muy lejos de aquí.

—¿Qué hay de mi herida, doctor?

—¿Te hace daño?

—Claro que me hace daño. Tengo que hacer un gran esfuerzo para seguir respirando, y tú me dijiste que la bala no había llegado ni siquiera al pulmón.

—Claro que no ha llegado.

—Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que me ahogo?

—Te saqué la bala mientras estabas sin sentido, Lo que pasa es que me la llevé para que el *sheriff* creyese que seguía en tu cuerpo. ¿Recuerdas? Fue lo que hablamos. Supuestamente, ese plomo te matará cuando llegue al corazón.

—Basta, no repitas lo que ya sé, pero quiero encontrarme en mejores condiciones porque las de ahora son muy malas.

—Mañana estarás mucho mejor. Tendrás tu botín, menos un tercio, la parte que me corresponde, y habrás engañado a todo el mundo, especialmente a tus hombres.

—Fue un buen plan —sonrió Mac Carthy, aunque débilmente.

Habían estado hablando con voz muy baja, y ahora Tab se dejó oír desde la oficina.

—Eh, doctor, ¿cómo está Mar Carthy?

—Tiene treinta y ocho. —Mugs guiñó el ojo a Mac Carthy—. Quizá esta noche empeore.

En aquel momento se abrió la puerta de la comisaría y entró Bill, el camarero del restaurante de Louise, con el plato de sopa.

El doctor se despidió del ayudante.

—Adiós, Tab.

Ya en la calle, el médico montó en su tílburi y puso en marcha el caballo hacia las minas.

Sus labios sonreían. Iba a hacer el mejor negocio de su vida. Estaba engañando a King Mac Carthy. No le había sacado la bala. King tenía el proyectil en el pecho, avanzando cada vez más hacia el corazón. Calculaba que le quedaran muy pocas horas de vida, por tanto, a quien no engañaba era al *sheriff*.

Rió a carcajadas pensando en King Mac Carthy, el pobre creía a pies juntillas que se estaba acercando su libertad. Sí, sería libre para irse al infierno, y él, Michael Mugs, tendría los setenta mil dólares del botín del forajido porque tampoco pensaba repartir con Milton Clark. Había organizado su plan de forma que se quedaría él solo. Cuando Milton le entregase la valija, taparía el respiradero y Milton no podría salir de la galería y moriría abajo asfixiado.

En unos días se recuperaría de las emociones que estaba sufriendo y viajaría a Nueva Orleáns en busca de la mujer que amaba, la hija de unos aristócratas franceses.

Había tenido que prestar sus servicios de médico en un pueblo de mala muerte como Cornel City, pero el futuro se le presentaba de muy distinto color. Sería respetado, un hombre rico, con una esposa encantadora. Lo tendría todo.

# CAPÍTULO XIV

Donald Craig entró en el restaurante de Louise.

Vio a Patty Hayes que estaba comiendo en compañía de su tío Isaías.

La joven le hizo un saludo con la mano y Donald le correspondió con una sonrisa.

—¿Come con nosotros, señor Graig? —le invitó Isaías—. Perdone, pero tengo que hablar con mi colega, el *sheriff* de San Lorenzo… Pasaré luego a saludarles.

Una camarera, la hija de Louise Darrat, una muchacha pizpireta que respondía al nombre de Betty, se puso intencionadamente delante del *sheriff* para que éste tropezase con ella.

—Perdona, Betty.

La joven, con mucho descaro, puso un brazo en jarras y dijo:

—¿No sabe dónde mira?

Betty tenía unas curvas pronunciadas, una nariz respingona y unos labios gordezuelos, sensuales.

—No sabía que estabas ahí —dijo el *sheriff*.

Patty intervino con gesto huraño:

—Claro, ¿cómo lo iba a saber si ella se le echó encima?

Betty exclamó:

—¿Qué dices tú, deslenguada?

—Lo que oyes. Quisiste enganchar al *sheriff*.

—Te voy *a* quitar el pelo.

—¿Tú y cuántas más, querida? —dijo Patty y se levantó de un salto lista para pelear.

El *sheriff* tomó a las jóvenes por el brazo.

—Eh, muchachas, quietas las dos. Ya tengo bastante jaleo con los hombres.

Las dos muchachas se apaciguaron, aunque no dejaron de mirarse retadoramente.

—Betty —dijo el *sheriff*—, tráeme unos huevos con jamón… Y tú, Patty, vuelve a tu silla.

Las dos mujeres obedecieron y el *sheriff* continuó su camino hacia la mesa donde estaba Bud Acheson, pelando una manzana.

Sin mirar a Donald, Acheson dijo:

—Sigues siendo el favorito de las damas.

Donald ocupó una silla sin comentar las palabras de Bud.

—Recibí el telegrama del juez —dijo—. Llegará mañana, y ya puedes estar seguro de que dará la orden para que te puedas llevar a King, siempre que esté en condiciones de viajar. Pero como no lo estará, te llevarás un cadáver.

—No me gusta. Es un viaje tan largo que se pudriría en el camino.

—Puedes embalsamarlo aquí. El funerario local sabe de eso.

—Cuesta dinero.

—Sí, el embalsamamiento es caro.

Bud terminó de pelar la manzana y cortó un trozo que se llevó a la boca. Mientras masticaba dijo:

—La caja del *sheriff* de San Lorenzo es muy pobre, Donald. No nos da para lujos. No embalsamaré a King Mac Carthy. Si él muere, se quedará aquí.

—Quizá sea lo mejor.

—Sobre todo si tenemos en cuenta que tú vas a obtener la recompensa.

—No quiero la recompensa. Bud.

—¿Me la vas a dar?

—Pensé en ello, pero ya no te la doy.

Bud atirantó el rostro.

—¿Qué has pensado hacer con ese dinero?

—Lo mandaré a un hospital de Austin que se dedica a curar niños lisiados cuyos padres no pueden atenderlos debidamente por falta de dinero…

—Eres muy sensible, Donald. ¿Qué esperas con ello? ¿Una medalla?

—No, no espero nada.

—¿Y por qué has cambiado de opinión con respecto a darme la

recompensa?

—Prefiero no decírtelo.

Bud sonrió enseñando sus dientes parejos, muy blancos.

—Anda, atrévete.

—Está bien. Si insistes, te lo diré. —Donald hizo una pausa y agregó, los ojos clavados en los de Bud—: Estoy seguro de que tú y Elmer estabais de acuerdo.

—¿En qué?

—Sólo te interesaba atrapar el botín de King. Tú sabías que Elmer iría detrás de mí. Es lo único que te interesaba de King Mac Carthy. Él era el medio de llegar hasta sus dólares.

Acheson no dejó de sonreír.

—Te crees muy listo, ¿eh, Donald?

—Lo bastante para que un colega no me la pegue.

—Muy bien. Has hablado claro. Yo también lo haré.

—Adelante, Bud. Estamos en el momento de las confidencias.

Sin embargo, Bud guardó silencio porque Betty se acercó con los huevos con jamón que había pedido el *sheriff* de Cornel City.

—Donald —dijo Betty tras dejar el plato en la mesa—, ¿qué significa esa mujer para ti?

—Ella me gusta.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído, me gusta, y me voy a casar con ella.

Betty quiso decir alguna cosa, pero apretó los labios y, dando media vuelta, se alejó furiosa.

Bud Acheson preguntó:

—¿Eso es cierto? ¿Te vas a casar?

—Todavía no se lo he pedido a Patty, pero quizá lo haga.

—Celebro que lo hayas dicho, porque eso tiene que ver con mi confidencia.

—Oh, sí, la llegada de Betty nos interrumpió… Habla, Bud.

—Tienes el botín de King Mac Carthy.

—¿Es eso lo que piensas?

—No lo dudé un solo instante. Por eso has apretado el gatillo sin descanso. Trataste de quitarte los enemigos de encima y no hiciste distinciones entre representantes de la ley y forajidos. Todos para ti teníamos el mismo significado, competidores para echar mano al botín de Mac Carthy… Por eso nos has ido apartando a unos y

otros. Conmigo quieres hacer lo mismo. Ahora pensabas mandarme a San Lorenzo con un cadáver. Para mí la gloria, ¿no? Crees que con eso tengo bastante, y tú te vas a quedar con setenta mil dólares.

—¿Ya has terminado?

—Casi lo dije todo…

—Siento mucho que hayas pronunciado esas palabras, Bud. Entre nosotros ya no habrá ninguna amistad.

—No te pongas melodramático, Donald. Me faltó agregar algo.

—Termina de una vez.

—Hay una prueba de que tienes los setenta mil dólares, Donald.

—¿Qué prueba es ésa?

—Patty…

—¿Qué tiene que ver Patty?

—Te vas a casar con ella porque ahora tienes un buen montón de dinero. A decir verdad, tu vida está asegurada… Continúas siendo *sheriff* durante algún tiempo para disimular, pero el día menos pensado presentarás la dimisión y te irás a California, o al Este, a un sitio civilizado… Establecerás algún negocio serás un honrado industrial…

—No sabes lo que dices, Bud.

—Lo sé perfectamente. Y hasta admito que, al principio, no pensaste en el botín. Siempre fuiste una persona honesta.

—Lo sigo siendo.

—No, muchacho. Mi viejo maestro, el *sheriff* Smith, me dijo que a todo hombre le llega una mujer capaz de trastornarlo, y es lo que ha sucedido contigo. Esa Patty te ha vuelto del revés. Ha sido ella quien te ha hecho sopesar la situación. ¿Por qué ibas a dejar escapar una oportunidad como ésta?

Donald se puso en pie y Bud dijo:

—Eh, muchacho, no has probado esos huevos con jamón.

—Me hiciste perder el apetito.

—No te vayas, Donald. Quiero hacer mi última oferta. El botín para los dos.

Craig sonrió con amargura.

—Tú también, ¿eh?… Mitad y mitad… Entérate de una vez, por todas, Bud. No sé dónde está el dinero, aunque ya tengo una idea para recuperar esa plata… Pero sólo tendrá un destino, el de las personas que fueron saqueadas por Mac Carthy. Si consigo el

dinero, mañana mismo lo depositaré en manos del juez. Él se ocupará del resto. Y un consejo, Bud. Si no quieres el cadáver de King Mac Carthy, lárgate y no vuelvas a acordarte de que existo… No lo olvides, Bud. Vete antes de que tú también te quedes en nuestro cementerio…

# Capítulo XV

El doctor Mugs habló por el respiradero.

—Eh, Milton, ¿estás ahí?

Del fondo de la mina no llegó respuesta.

El médico soltó una maldición para sus adentros. ¿Y si Milton hubiese muerto a consecuencia de otro desprendimiento? Aquellas galerías eran siempre peligrosas.

Mucho más abajo, al pie de la colina, estaban trabajando los obreros, tratando de abrirse camino hasta Milton, pero el doctor sabía que tardarían más de una semana en llegar hasta el lugar donde se encontraba Milton. La trampa estaba bien organizada.

—Eh, Milton… —llamo otra vez.

Escuchó y le pareció oír un ruido.

—Doctor, ¿está ahí arriba?

Mugs suspiró de alivio.

—Sí, Milton, aquí estoy…

—Ya la tengo.

Mugs sintió que el corazón le golpeaba fuertemente contra las costillas.

—Milton, alárgame esa valija.

—Ni hablar. Yo saldré con ella.

—¿Es que vas a desconfiar de mí ahora, Milton?

—Oiga, doctor, aquí hay setenta mil dólares. Es toda una fortuna, y si yo le entrego la valija, usted me podría dejar aquí.

—¿Cómo puedes pensar eso, Milton? —dijo Mugs con rabia, porque era justamente lo que pensaba hacer.

—Déjese de cuentos, doctor. La valija es mi seguro de vida. Saldremos los dos, ella y yo, o los dos nos quedamos aquí.

—Está bien, muchacho. Te echaré una mano.

—Resulta difícil llegar hasta arriba. Tengo que trepar por una pared casi vertical.

—Empieza a subir. No podemos estar aquí tanto rato. Nos pueden descubrir…

—Ya voy, doctor. Un poco de paciencia.

Mugs encendió un cigarrillo mientras esperaba. De vez en cuando oía el ruido de las piedras al desprenderse. Cada vez sentía a Milton más cerca del respiradero. Miró por él y pudo verlo. Su cómplice se encontraba en una situación muy precaria. Un resbalón y se iría al fondo.

—Milton, arrójame la valija.

—No hay nada que hacer, doctor.

—Estúpido, lo hago por tu bien. Así tendrás más facilidad para subir.

Vio que Milton dudaba porque el argumento era de peso.

—Decídete, Milton, antes de que caigas.

—De acuerdo, doctor.

—Cuidado, muchacho, acércate un poco más, no sea que la valija caiga abajo y tengas que ir a por ella.

Ahora podía escuchar la respiración jadeante de Milton que trataba de acercarse al agujero.

—Allá va doctor.

Milton alargó el brazo con la valija y Mugs extendió el suyo. Rozó con los dedos el asa de la valija, pero no logró apoderarse de ella hasta el segundo intento.

La sacó del agujero y abriola con avidez.

Sus ojos adquirieron un gran brillo. Allí estaban los setenta mil dólares y eran suyos, de nadie más, porque Mac Carthy se estaba muriendo y de Milton se iba a ocupar ahora mismo. Cogió una piedra.

—¡Doctor! —Oyó a Milton—. Alárgueme la mano y me cogeré a usted. El resto será fácil. Saldré en un instante.

—Sí, Milton. Ahora mismo te ayudo.

Mugs le arrojó la piedra contra la cabeza.

Milton lanzó un aullido de dolor mientras cruzaba el vacío.

Luego se oyó un golpe seco y, a continuación, el silencio.

—¡Ya lo tengo…! ¡Ya lo tengo…! —dijo el doctor.

De repente oyó una voz a su espalda:

—Doctor, yo le diré lo que va a tener. Una acusación de asesinato.

Mugs se volvió y vio al *sheriff* de Cornel City apuntándole con el revólver.

—*Sheriff*, ¿qué hace aquí?

—Visitó con demasiada frecuencia la celda de Mac Carthy, y entré en sospecha… Luego tuve en cuenta el desprendimiento de la mina. De esa forma estuvo claro para mí que usted y King se habían puesto de acuerdo antes de que él se entregase…

—*Sheriff*, aquí hay mucho dinero.

—Ya lo sé.

Donald oyó un ruido. Se volvió a tiempo de ver a su colega Bud Acheson dispuesto a disparar.

Craig hizo fuego.

Bud Acheson recibió la bala en el pecho y cayó hacia atrás, rodando por la ladera.

* * *

—Donald —dijo King Mac Carthy—, ¿es verdad que voy a morir?

—Ya te he dicho lo que me contó el doctor.

Mugs estaba en la oficina, sentado en una silla, las manos esposadas.

Al llegar a la oficina con su prisionero, Tab había informado que King Mac Carthy agonizaba.

A Donald no le hizo falta el examen médico para saber que King Mac Carthy le había llegado la hora.

—Donald —dijo King—, enséñame mi dinero, ¿quieres?

—No hay inconveniente.

El *sheriff* abrió la valija y King ladeó la cabeza para mirar los billetes.

—Ahí está toda mi fortuna, Donald… Costó mucha sangre y ya lo ves, no la disfruté… Es una estupidez ¿verdad, Donald? Una estupidez…

King Mac Carthy dobló la cabeza y expiró.

* * *

Patty Hayes y Donald Craig se casaron tres días después de la muerte de King.

Tal como había dispuesto, el *sheriff* de Cornel City no cobró la recompensa por la muerte de King Mac Carthy, porque donó su importe al hospital de niños lisiados de Austin, y en cuanto al botín, el juez se hizo cargo de él para distribuirlo entre las víctimas de Mac Carthy.

Durante quince años. Donald continuó siendo el *sheriff* de Cornel City e impuso la ley con arreglo a su sentido de la justicia.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.